



EPOCA 4.^a — AÑO XII. — TOMO X. NÚMERO 10. — Madrid 5 de Abril de 1887. NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

MADRID Y PROVINCIAS

Tres meses.....	16 rs.
Seis meses.....	30 "
Un año.....	60 "

CUBA Y PUERTO-RICO

Seis meses.....	2 1/2 ps. fs.
Un año.....	4 "

PROPIEDAD

DEL ASILO DE HUÉRFANOS

DEL

SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS



PRECIOS DE SUSCRICIÓN

EXTRANJERO

Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 "

FILIPINAS Y AMÉRICA

Seis meses.....	3 1/2 ps. fs.
Un año.....	6 "

SUMARIO

TEXTO. — *La Decena*, por Manuel Ossorio y Bernard. — *Los grabados*. — *Monseñor Rampolla*, Cardenal de la Santa Romana Iglesia. — *Ecce Homo*, por Antonio Arnao. — *La Cruz*, por Salvador Bermúdez de Castro. — *La Muerte de Jesús*, por Alberto Lista. — *Dalrosa*, por Bernardo López García. — *El mal apóstol*, por Angel Lasso de la Vega. — *Tradiciones de Tierra Santa*, por M. Polo y Peyrolón. — *Las Animas*, por Carlos Frontaura. — *Del culto de las imágenes*, por Fr. José Coll. — *El Arte religioso*, por M. de A. — *Jubileo Sacerdotal d. S. León XIII*. — *Necrología*. — *Noticias*. — *Grabados*. — *El Padre Beck*, General de la Compañía de Jesús. — *La coronación de espinas, cuadro del Tiziano*. — *Escuela de Agricultura de la Moncloa*.

LA DECENA

En la época del año en que estamos no se presta seguramente á la ligereza que debe revestir una crónica: el sublime misterio que nuestra Santa Religión conmemora reclama toda la abstracción y toda la severidad con que eminentes literatos la han solido consagrar sus inspiraciones. Imposibilitado de igualarles, y sin fuerzas para competir con lo que otros hicieron, recordando mi pequeñez y mi absoluta falta de autoridad, procuraré á lo menos ser breve, para que, terminado pronto este artículo de entrada, los lectores de LA ILUSTRACION CATOLICA encuentren en las páginas que le siguen lecturas más importantes y sabrosas. Mis puntos de vista hoy tienen que ser muy humildes: los de algunas costumbres exclusivamente madrileñas.

- Ya se acerca la Semana Santa.
- Es verdad; y nos sorprende completamente desprevenidas.
- Será necesario encargarnos unos vestidos de seda.
- Y mantillas: las que tenemos están ya para tirarlas.
- Y calzado, porque en Semana Santa suele llover, y en la carrera se lucen mucho los bajos.
- A papá hay que recordarle que no pague al casero este mes, pues en seguida empezarán á llover los avisos de las señoras encargadas del peticitorio.
- La verdad es que los días de Semana Santa son de pasión para todos.
- Y menos malo que en ellos se igualan todas las condiciones, y nadie advierte si una tiene ó no tiene coche.
- ¿Y lloverá? Que no llueva, que eso sería terrible.
- Nos privaría de estrenar los trajes.
- Y de que nos acompañe Arturo.
- No; pues en cuanto Juan me vea con mantilla, se decide.
- Tales son, tomadas del natural y

sin las exageraciones del naturalismo dominante, aunque sí con la verdad que reclama el arte, los diálogos que se escuchan en las casas durante los días que preceden á los de Semana Santa.

Desde la víspera de la misma apenas se ve más que palmas por Madrid.

¿Quién será el justo al que se trata de sacrificar? — se pregunta uno involuntariamente.

Porque semejantes preparativos de triunfo suelen degenerar en otros tantos de martirio: en este punto hemos adelantado muy poco desde los tiempos de la Jerusalén deicida hasta la fecha.

Lo que consuela en cierto modo es que la cruz no debe destinarse á ningún español. ¡Hay ya tan pocos que no la tengan, gracias á la prodigalidad de los Gobiernos! Si fuéramos á preguntar uno por uno á los transeúntes si tienen alguna cruz, es seguro que nos irían contestando:

- Yo la de Santiago.

- Yo el hábito de San Juan.
 - Yo la cruz sencilla de Carlos III.
 - Yo la encomienda de Isabel la Católica.
- Sin que faltase alguno que contestase á nuestra pregunta, respondiendo á la vez á su preocupación constante.
- Yo la gran cruz del matrimonio.

Estamos en plena Semana Santa, que empieza por traernos vacaciones parlamentarias. En una época destinada á conmemorar las doctrinas dulcísimas del Redentor, la fraternidad humana, la humildad y el perdón de las injurias, los Cuerpos Colegisladores, tal como se practica su misión en España, con sus luchas candentes y sus espectáculos dolorosos, son un contrasentido.

En ellos la fraternidad se manifiesta con los ataques más violentos, de grupo á grupo y de partido á partido.

En ellos la humildad es tanta, que no hay medianía que no se juzgue llamada á regenerar el mundo y á salvar por lo menos á la patria, si bien con su cuenta y razón.

En ellos las injurias, en vez de borrarse por el arrepentimiento y por el perdón, se mandan escribir para perpetuarlas mejor, cuando corran al mundo multiplicadas por la imprenta. Hacen bien en suspender sus tareas los padres de la patria antes de que lleguen la hora de tinieblas y los días de la pasión. ¿Para qué más tinieblas que las que nos envuelven, gracias á su paternal cuidado. ¿Ni para qué más pasión que la del inocente pueblo, que nunca se cansa de encumbrar á las nulidades endiosadas de nuestra politiquilla? Despidámonos, pues, pero no definitivamente, sino seguros de que han de volver.

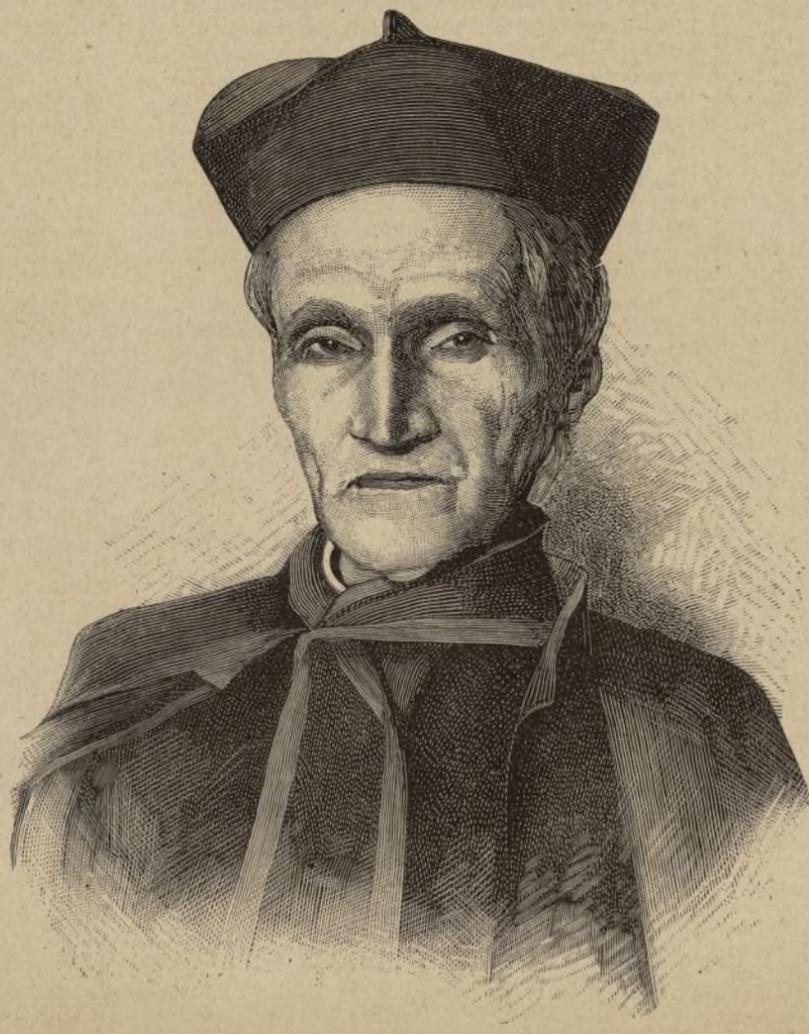
Y vaya si volverán... Volverán como vuelven las oscuras golondrinas, y eso que éstas sólo esperan encontrar un humilde rincón bajo el alero de un tejado, ó en los huecos de una construcción abandonada.

Nuestras eminencias políticas, más ó menos legítimas, no se contentan con tan poco.

Pero la Iglesia, con sus oficios de tinieblas, ha advertido al cristiano que la conmemoración de la muerte del Redentor ha llegado. La campana guarda silencio, y sus metálicos sonos no nos despiertan al nuevo día ni señalan la hora de las oraciones.

Los carruajes han dejado de circular, y Madrid, sin ellos, ha cobrado el aspecto de un pueblo muerto.

La muchedumbre, no obstante, circula alegremente de una parte á otra, y las calles de más tránsito se convierten en punto de reunión y de pasco, donde se cambian miradas y



EL PADRE BECK, GENERAL DE LA COMPAÑIA DE JESÚS
† Roma 4 Marzo 1887.

Ayuntamiento de Madrid

suspiros, frases galantes y osadías de mala educación.

Las personas más relacionadas corren entre tanto de un lado á otro para dejar cinco duros á las dos en la iglesia de San Luis, otros cinco á las tres en las Maravillas, dos á las cuatro en las Calatravas y uno después en cada una de las iglesias de San Andrés, San Ildefonso, San Pedro y la Buena Dicha. ¿Cómo faltar á las invitaciones de la graciosa Marquesa de A, la alegre Condesa de B, la *espiritual* Duquesa de C y la inteligente Vizcondesa de D, que tanto pueden favorecer á cualquiera en su carrera política...? Por otra parte, la señora de E no debe ser olvidada, porque su esposo es jefe de una importante agrupación política; la de F, porque hoy tiene grandísimo favor en las esferas oficiales, y la de G porque, indirectamente, está llamada en un porvenir no muy remoto á ser una potencia de primer orden.

Y muchos madrileños entran en el templo, y sin mirar siquiera el monumento, entregan su cuota en la mesa petitoria y se alejan para realizar idéntica operación en otra y en otras iglesias. Entre tanto, el resto del público se oprime, se codea, disputa y escandaliza en la casa de Dios y la voz del sacerdote apenas llega desde el púlpito á los ángulos del templo, por el ruido causado por la concurrencia que se renueva, convirtiendo en pasadizo el templo.

En las puertas del mismo espera á las bellas pecadoras el mundo, bajo la forma de algunos pollos escualidos, precisamente empaquetados en unos pantalones cortos y unas levitas que no hubieran logrado antes ni los honores de chupa, con escasa patilla, unida al bigote por exigencias de la moda, y largos cigarros que, con sus personas, completan la figura de un siete, como si se tratase de justificar el dictado de sietemesinos.

Y nuevamente se miran Evas y Adanes, y nuevamente se dirigen signos de inteligencia, como si la comedia humana no consintiese en tener siquiera un entreacto para consagrarlo á la tragedia divina que en estos momentos se conmemora por la Iglesia.

Tal es la Semana Santa en Madrid, conforme la han ido reformando las costumbres públicas.

Cuando tenga un rato que poder consagrar á la meditación, he de proponerme este problema: «¿Qué es preferible, un pueblo que abiertamente combate á la religión, ó un pueblo que hipócritamente se llama religioso y cristiano, y sólo se halla atento á las mundanas aficiones que le agitan y le conmueven?»

M. OSSORIO Y BERNARD.

LOS GRABADOS

EL PADRE BECK.

En nuestro número del 15 de Marzo publicamos una reseña necrológica del Muy Eminente é Ilustre P. Pedro Juan Beck, General de la Compañía de Jesús, muerto en Roma á edad avanzadísima el día 4 de dicho mes. Hoy reproducimos su retrato, hábilmente grabado y de parecido muy notable.

LA CORONACIÓN DE ESPINAS.

(Cuadro del Tiziano.)

El asunto que reproducimos en nuestro grabado, de uno de los más bellos lienzos del Tiziano, tiene en sí mismo tal expresión y carácter, que hace innecesaria toda descripción. El gran maestro supo en él prestar grandísimo relieve á la ejecución material y á todos los detalles de trajes y armaduras, sin perjudicar á la belleza de expresión y energía de los verdugos, ni al sentimiento de la hermosa figura de Jesucristo. Tiziano dirigió en su obra una mirada á lo antiguo, aunque temiendo perder en semejante estudio su natural originalidad, su manera de sentir á la moderna y que debía hacer de él un pintor sin la menor analogía con ninguno de cuantos le precedieron. El busto de Tiberio, colocado sobre el pórtico, termina la composición de modo admirable, siendo á la vez un ingenioso medio de recordar la fecha del suplicio del Redentor.

El lienzo original se conserva en el Museo del Louvre.

ESCUELA DE AGRICULTURA DE LA MONCLOA.

La posesión de la Moncloa, situada al Norte de Madrid, y en cuya historia figura la triste página de haber servido de vivienda á Murat en el día 2 de Mayo de 1808. fué dedicada en 1868 á la casa de labor y Escuela de Agricultura que hoy existe con la denominación de Instituto Agrícola de Alfonso XII.

En nuestro grabado reproducimos una vista de aquella pintoresca posesión.

MONSEÑOR RAMPOLLA

CARDENAL DE LA SANTA ROMANA IGLESIA



El sábado 26 de Marzo se verificó en la Capilla del Real Palacio el acto solemne de imponerse por S. M. la Reina Regente al Nuncio de S. S. en esta Corte, Monseñor Mariano Rampolla, Arzobispo de Heraclea, la birreta cardenalicia, traída por el guardia noble del Vaticano, Sr. Justiniani.

Poco antes de las once, hora señalada para la ceremonia, fueron entrando en la capilla los representantes del cuerpo diplomático extranjero para quienes se había destinado una tribuna. El ministro de Estado, Sr. Moret, recibía á los ministros extranjeros al pie de la misma.

Momentos después hallábase llena ya la tribuna diplomática, viéndose en ella al embajador de Francia, Sr. Cambon, que ostentaba la banda de San Gregorio de Italia; al de Alemania, Señor conde de Solms, con la banda de Carlos III; al de Rusia, con igual condecoración; al ministro de Austria, con la de Isabel la Católica; al de Bélgica, con la de Carlos III, y con varias condecoraciones y bandas extranjeras; á los ministros de Inglaterra, Italia, Portugal, Suecia, Méjico, Guatemala, República Argentina, Turquía, el enviado extraordinario de Colombia, Sr. Cuervo, y el secretario de legación, ministro interino del Imperio chino, además de varios secretarios de legación, agregados militares y varias señoras, de las que recordamos á la del ministro de Colombia; á Mme. Bell, esposa del secretario de la legación de Francia; á la señora de Riva Palacio, ministro de Méjico, y á la condesa de Batembach, esposa del secretario de Alemania.

Frente á la tribuna diplomática estaba la de los ministros, que ocupaba el gobierno en pleno. El presidente del Consejo lucía la roja banda de Leopoldo de Austria, el Sr. Moret la de la Orden Piana, el Sr. Alonso Martínez la portuguesa de la Concepción de Villaviciosa, el general Cassola las de San Hermenegildo y Mérito militar, el general Rodríguez Arias la de San Hermenegildo, el Sr. León y Castillo la de la Estrella Polar de Suecia, el Sr. Puigcerver la de Isabel la Católica, y el Sr. Navarro Rodrigo la de la Corona de Italia.

A las once, la música de alabarderos anunció la entrada de la regia comitiva en la capilla.

Caminaba delante el nuevo Cardenal, monseñor Rampolla; seguía S. M. la Reina, vestida con traje de corte de raso negro, y detrás iban Su Alteza la Infanta Doña Isabel, con traje de terciopelo color pasa; S. A. la Infanta Doña Eulalia, con traje de raso celeste; el Infante D. Antonio, vestido con el uniforme de húsar y cruzado el pecho con la banda de Carlos III; el mayordomo mayor, duque de Medina Sidonia; la camarera mayor, duquesa de Medina de las Torres; la señora condesa de Superunda; las damas de guardia señoras marquesa de Bedmar y condesa de Heredia Spínola, y larga fila de damas de la Reina, grandes de España y mayordomos de la Real Casa.

Una vez dentro de la capilla, S. M. la Reina ocupó el dosel del trono, dejando vacío el sillón que corresponde al Rey, y en el centro de la iglesia, formando doble fila, fueron colocándose las damas, grandes y mayordomos.

Frente á S. M., y detrás de un pequeño reclinatorio, estaba sentado Mons. Rampolla, teniendo á su espalda de pie al guardia noble de Su Santidad.

A las once y diez minutos dió principio la solemne ceremonia de la imposición del birrete cardenalicio.

El secretario de la Nunciatura, M. Segna, designado con el carácter de ablegado pontificio para esta ceremonia, dirigióse al dosel del trono, é hizo entrega á S. M. la Reina del Breve remitido por Su Santidad, en que se nombra Cardenal á Monseñor Rampolla y se le comunica todo lo relativo á la imposición del birrete.

Su Majestad entregó el Breve al juez de capilla, señor Zanzano, y éste al notario, quien inmediatamente dió lectura del mismo en el idioma latino en que se halla escrito.

La traducción de este documento es como sigue:

«León Papa XIII. — Venerable hermano: Salud y apostólica bendición: Constando en la Sede Apostólica los méritos de que te hallas adornado, para el bien de la Iglesia católica, considerando tu solicitud y celo en el desempeño de tu cargo, las esclarecidas condiciones que en tí concurren, y que llenarás las esplendísimas dotes que exige la dignidad cardenalicia, te inscribimos en el número de los venerables hermanos cardenales de la Santa Romana Iglesia; porque hemos tenido presente tu eximia piedad, tu doctrina, el convencimiento de tu fe cató-

lica y demás virtudes, que hacen nacer justas esperanzas al constituirte en la dignidad cardenalicia.

«Al investirte de tan alta dignidad te enviamos el birrete purpúreo por nuestro hijo Francisco Segna, Prelado de nuestra casa, y después que con él fueras adornado queremos enticadas que pide la púrpura que has de vestir el valor de afrontar todos los peligros, hasta estar dispuesto á derramar tu sangre por la Iglesia.

«Queremos también que antes que recibas el birrete hagas el juramento ante dicho Francisco Segna, y que suscrito por tí nos lo remitas directamente ó por otra persona.

«Dado en Roma á 14 de Marzo de 1887, décimo de nuestro Pontificado, M. Cardenal Ledochowski.»

Leído el breve, el ablegado entregó á S. M. el birrete cardenalicio, pronunciando acto seguido un discurso en correctísimo latín, cuya versión castellana, publicada en *La Gaceta de Madrid*, es como sigue:

«SERENÍSIMA REINA REGENTE: Pronto hará tres años que en este mismo lugar y con análoga pompa me presentaba ante V. M., Serenísima Reina, cuando compartía con V. M. su tálamo y su Trono Vuestro Esposo Alfonso XII, á quien Dios conceda gozar de la eterna gloria; el día en que Él mismo con su Augusta Mano condecoraba con los atributos cardenalicios á los Emmos. Varones el Arzobispo de Valencia y él de Sevilla. Mas ahora, cuando de nuevo vengo á Vuestra presencia, V. M. solamente ocupa este lugar, pues contra la esperanza y fervientes votos de todos, la muerte arrebató prematuramente su juventud y cortó su vida en la flor de la edad, y V. M. entretanto, á las contrariedades que comúnmente suelen acompañar al estado de viudez, como son la soledad, el hogar huérfano, la obligación de regir la familia, ha visto agregarse un cúmulo mayor y más grave de cuidados y molestias, teniendo que reprimir los sollozos y encerrar en el fondo de Vuestro corazón los tormentos de tan cruel é inconsolable luto, para tomar en Vuestras Manos el cetro y gobernar á los pueblos como Soberana.

«Empero, de la misma manera que el pedernal herido al golpe del acero arroja chispas de brillante luz, así la virtud suma eminente fortaleza de Vuestro ánimo, herido por tantas adversidades, resplandeció con magnífico esplendor. Pues atravesando la Nación una gravísima é incierta crisis, cuando el espanto había invadido el ánimo de todos, amedrentados y llenos de ansiedad, V. M. recogió las caídas riendas del Gobierno, y desde entonces, sobrepujando las más lisonjeras esperanzas, haciéndose superior á la debilidad del sexo, más aun de lo que Vuestra edad permitía, las sostenéis en Vuestra Mano con tal prudencia, con tal equidad, con tal madurez de juicio, con tal dignidad, que por V. M. se afirma la Monarquía y el nombre de España. Y es que V. M. no domina por la fuerza del imperio ni con el peso de la autoridad, sino por el derecho de las virtudes, que tienen mucha más fuerza y eficacia para contener á los pueblos dentro de los límites del deber y rendir los ánimos á la obediencia.

«A V. M., pues, augusta Reina, por mandato del Sumo Pontífice León XIII, vengo una vez más como Legado, trayendo por orden suya el birrete purpúreo, á fin de que V. M. le imponga al Emmo. y Rvdmo. Sr. Mariano Rampolla, Arzobispo de Heraclea, Nuncio Apostólico en estos Reinos de España, que ha sido nombrado Cardenal; y de este modo á su elevación al Sacro Colegio se agregue el honor de haber sido considerado por Vuestra Mano con las insignias de tan ilustre dignidad.

«Enumerar sus méritos, en atención á los cuales el Sumo Pontífice le ha elevado á tan alto y preeminente honor eclesiástico, además de que no podría resumirlos aquí en pocas palabras, lo considero por otra parte ocioso y superfluo. Desde mucho tiempo se halla viviendo en medio de todos vosotros, y tales méritos son conocidos y notorios á V. M., mucho mejor de lo que podría expresarlo con mis palabras. Mas sí puedo afirmar con seguridad y estoy obligado á ello, que es en extremo merecedor de haber sido elegido para esta dignidad, y que su admisión en el Sagrado Colegio ha de producir tales y tan importantes beneficios á la República cristiana, que correspondan á las esperanzas que ha hecho concebir su persona y se colmen los votos de los buenos. Así Dios lo conceda y haga que en todo se cumpla y realice.»

Habiendo oído S. M. con la mayor satisfacción el discurso de Mons. Ablegado, impuso la birreta á Mons. Rampolla, el cual, para tributar á S. M. el homenaje de su profundo respeto y gratitud se expresó en estos términos:

«Señora: Pocos meses han transcurrido desde el inolvidable y fausto día en que por delegación especial del Padre común de los fieles me cupo la alti-

sima honra de tener aquí en la pila bautismal al recién nacido Rey de España, Augusto Vástago de V. M., cuando otro nuevo y muy señalado honor me trae á este mismo sitio para recibir de las Reales Manos de V. M., en nombre y representación del Sumo Pontífice, la solemne investidura de Príncipe de la Iglesia, con que se ha dignado enaltecer mi humilde persona.

Reconociendo que por ningún concepto he merecido dignidad tan sublime, justo es que rinda público testimonio de profunda gratitud al Soberano Pontífice León XIII, al inmortal Pontífice que en estos azarosos tiempos en que vivimos parece colocado por la Divina Providencia en la cumbre de la Sociedad cristiana para mostrar al mundo cuán hermosamente se hermanan la sabiduría y la paz. Asimismo no puedo menos de proclamar que al honrarme con la sagrada púrpura el Romano Pontífice, cuyos solícitos y paternales desvelos se emplean constantemente en procurar el bien de esta católica Nación, no tanto ha querido engrandecer la pequeñez de Su Representante en ella, como manifestar una vez más que España es el objeto preferente de su benevolencia y de su amor.

El ser V. M. quien da cumplimiento y realce á este acto, símbolo de la cordialidad y afecto que unen dichosamente el trono y el pueblo español con la Silla apostólica, abriéntame más la dignidad que recibo, dejándome para siempre obligado á la alta merced que V. M. me dispensa. Y no poco se acrecienta mi satisfacción al considerar que soy el primero á quien otorga V. M., como REINA Regente de España, este inapreciable honor; porque conozco las eminentes prendas que adornan á Vuestra Augusta Persona é ilustran este regio alcázar, donde la nobilísima figura de V. M., en su doble carácter de Madre y de Reina, se levanta como ángel tutelar entre la cuna de su inocente hijo y la lealtad de un gran pueblo que, por hidalgo y generoso, sabe respetar y admirar el valor, la nobleza y la virtud.

Dígnese V. M. aceptar el homenaje de mi profundo reconocimiento por tan insigne favor que, grabado en mi alma con el recuerdo de sus bondades, me obligará á dirigir al cielo constantes y fervientes votos por la felicidad del Augusto Ahijado de León XIII, de V. M. y de toda la Real Familia, deseando vivamente que llegue el día en que ese Hijo del dolor sea prenda del verdadero consuelo de una Madre ejemplar y glorioso fruto de la sabiduría de una Reina digna del pueblo español.

Después de haber escuchado S. M. con singular agrado al Sr. Pronuncio, pasó éste á la sacristía, donde fué revestido de la púrpura, y volvió á la Capilla á ocupar el puesto que como á Príncipe de la Iglesia le estaba destinado.

Finalmente, se celebró el santo sacrificio de la Misa en la forma correspondiente al día, después de lo cual S. M. y AA. RR., con la Real comitiva, se trasladaron á la Cámara.

El nuevo Cardenal de la Santa Iglesia Romana, tan respetado y querido en Madrid, pertenece á la antigua nobleza de Sicilia, y es oriundo de Polizzi, en la diócesis de Cefalú; pero fué educado en Roma, donde sus estudios fueron coronados del éxito más brillante.

Pío IX le amaba tiernamente, y después que concluyó sus estudios en la academia eclesiástica, envióle á la Nunciatura de Madrid en calidad de consejero, cuando en 1875 el actual Cardenal Simeoni vino á la capital de España por consecuencia del restablecimiento de las relaciones diplomáticas, que habían interrumpido los desaciertos de la revolución. Monseñor Simeoni fué creado Cardenal en 1876, y llamado á Roma á suceder en la secretaría de Estado al Cardenal Antonelli, que había muerto, y con este motivo Monseñor Rampolla quedó en Madrid como Encargado de Negocios.

En 1877, nombrado secretario de la Congregación de Propaganda fide para los asuntos orientales, y después secretario de la de Negocios eclesiásticos extraordinarios, paso á Roma al desempeño de sus nuevos cargos, en cuyo último destino perseveró hasta 1882, en que, preconizado Arzobispo de Heraclea por la Santidad de León XIII, fué nombrado también para la Nunciatura de España, en sustitución del Arzobispo de Mira, Monseñor Bianchi.

Monseñor Rampolla es uno de los prelados más ilustres de la Iglesia Católica por su sabiduría y su piedad. Su prudencia política es extraordinaria, y el fino tacto con que trata las más arduas cuestiones que se someten á su difícil ministerio le han adquirido la relevante fama que goza de habilísimo y discreto en los círculos diplomáticos. Estas distinguidas dotes le han conquistado la estimación personal que disfrutó con Pío IX y la predilección de León XIII que goza.

ECCE HOMO

Él era Dios, y por decreto arcano
De inefable inmortal sabiduría,
Bajó á encarnarse como sér humano
Dentro del casto seno de María.
Él se hizo hombre, y en su noble frente,
De su clara pupila en la dulzura,
Y en su humilde sereno continente,
La luz del cielo reflejaba pura.
Él era justo, y sin que el vil pecado
De su virtud el brillo sin segundo
Con su aliento le hubiese mancillado,
Cargó sobre sí mismo los del mundo.
¡Oh misterio de amor! El que dispone
De los bienes y males de la suerte,
Manda que toda dicha le abandone,
Y, obediente á la Cruz, corre á la muerte.
Y ¡oh proterva maldad! aquellos mismos
Que recibieron sus mercedes santas,
Cual precita legión de los abismos,
Hiérenle del cabello hasta las plantas.
¿Qué hizo Jesús de Nazaret? ¿Qué intenta
Para ultrajarle así con saña loca?
¿Qué bien no nace do su pie se asienta?
¿Qué consuelo no mana de su boca?
¡Los ciegos ven! Y tras la noche horrible
Que en tiniebla de muerte los sumía,
Pueden gozar del sol la luz sensible;
Y, con la luz, del bien y la alegría.
¡Los cojos andan! Y al letal reposo,
Do les ataban invisibles grillos,
Sucede el ágil salto vigoroso,
Señal de dicha en ánimos sencillos.
¡Los leprosos se limpian! Y la negra
Podredumbre que el mundo les cerraba,
Viene á quitar rubicundez que alegra
Y que de toda imperfección los lava.
¡Los sordos oyen! Y al silencio mudo
Que les hizo yacer como en la tumba,
De la vida el rumor sucede rudo
Que en varios sonos por el aire zumba.
¡Los muertos resucitan! Y del seno
Del sepulcro fatal, mansión de espanto,
Salen con rostro de entusiasmo lleno
Que les hace verter gozoso llanto.
¡Y los pobres á más se evangelizan!
Y, al conocer la redentora nueva,
Con los ricos magnates fraternizan
Porque un camino sólo á Dios los lleva.
Decid, decid, ingratos y traidores
Que ante el Gábbata estáis, en odio ardiendo,
¿Por cuál de estas mercedes y favores
La muerte de Jesús pedís rugiendo?
¡Vedle allí, cómo sale del Pretorio
Vertiendo, sin gemir, sangre inocente,
Con su manto de púrpura irisorio,
Con corona de espinas en la frente.
Mostrando un cetro de silvestre caña,
Ligadas ambas manos bienhechoras,
Sudorosa la faz que el duelo empaña,
Tristes los ojos, antes dos auroras.
Y todo sin quejarse lo ha sufrido:
Viles azotes, bárbaros ultrajes,
Manos que sus mejillas han herido,
Salivas y blasfemos homenajes.
¿Tanta desolación no os apiada?
¿Y mirarle podéis con ira fijos?
¡Bien pedís que su sangre inmaculada
Sobre vosotros caiga y vuestros hijos!
Sabrá vuestro castigo el universo;
Y al ver narrada ingratitud tan fiera,
Dirá huyendo de horror: «¡Pueblo perverso!
¡Más ciego y duro que Pilatos era!»
Y ese á quien vilipendia mofa impía,
Varón de sufrimientos y dolores,
Vendrá en las nubes al postrero día,
Rey de reyes, Señor de los señores.
Y al verle, de esperanza sin asomo,
Premio dar á las almas inocentes,
Diréis desesperados: «¡Ecce Homo!»
¡Será allí el llanto y el crujir de dientes!

ANTONIO ARNAO.

(Del libro *La voz del Creyente*.)

LA CRUZ

SONETO.

Id á buscar á Dios en las arenas
Donde tuvo su altar el cocodrilo,
En los sangrientos ídolos del Nilo,
En las deidades lúbricas de Atenas.

Gimiendo en esas bárbaras cadenas
No halló la humanidad puerto ni asilo;
Vino la Cruz, y el corazón tranquilo
Fácil ya mira el término á las penas.

Los siglos pasan á sus pies dejando
La vil ceniza de su ciencia impía,
Y limpia siempre seguirá brillando.

Así después de tempestad sombría,
Las tenebrosas nubes arrollando
Luce más puro el luminar del día.

SALVADOR BERMÚDEZ DE CASTRO.

LA MUERTE DE JESÚS

¿Y eres tú el que velando
La excelsa majestad en nube ardiente,
Fulminaste en Siná? Y el impío bando,
Que eleva contra Tí la osada frente,
¿Es el que oyó medroso
De tu rayo el estruendo fragoroso?
Mas ora abandonado
¡Ay! pendes sobre el Gólgota, y al cielo
Alzas gimiendo el rostro lastimado:
Cubre tus bellos ojos mortal velo,
Y su luz extinguida,
En amargo suspiro das la vida.
Así el amor lo ordena,
Amor más poderoso que la muerte:
Por él de la maldad sufre la pena
El Dios de las virtudes; y león fuerte,
Se ofrece al golpe fiero
Bajo el vellón de cándido cordero.
¡Oh víctima preciosa
Ante siglos de siglos degollada!
Aun ahuyentó la noche pavorosa
Por vez primera el alba nacarada,
Y hostia del amor tierno
Moriste en los decretos del Eterno.
¡Ay! ¡quién podrá mirarte,
Oh paz, oh gloria del culpado mundo!
¿Qué pecho empedernido no se parte
Al golpe acerbo del dolor profundo,
Viendo que en la delicia
Del gran Jehová descarga su justicia?
¿Quién abrió los raudales
De esas sangrientas llagas, amor mío?
¿Quién cubrió tus mejillas celestiales
De horror y palidez? ¿Cuál brazo impío
Á tu frente divina
Ciñó corona de punzante espina?
Cesad, cesad, crueles:
Al santo perdonad, muera el malvado:
Si sois de un justo Dios ministros fieles,
Caiga la dura pena en el culpado:
Si la impiedad os gufa
Y en la sangre os cebáis, verted la mía.
Mas ¡ay! que eres tú sólo
La víctima de paz, que el hombre espera.
Si del Oriente al escondido polo
Un mar de sangre criminal corriera,
Ante Dios irritado
No expiación, fuera pena del pecado.
Que no, cuando del cielo
Tu cólera en diluvios descendía,
Y á la maldad, que dominaba el suelo,
Y á las malvadas gentes envolvía,
De la diestra potente
Depuso Sabaoth su espada ardiente.
Venció la excelsa cumbre
De los montes el agua vengadora:
El sol, amortecida la alba lumbre,
Que el firmamento rápido colora,
Por la esfera sombría,
Cual pálido cadáver discurría.
Y no el ceño indignado
De su semblante descogió el Eterno,
Mas ya, Dios de venganzas, tu hijo amado,
Domador de la muerte y del Averno,
Tu cólera infinita
Extinguir en su sangre solicita.
¿Oyes, oyes cual clama:
Padre de amor, por qué me abandonaste
Señor, extingue la funesta llama
Que en tu furor al mundo derramaste:
De la acerba venganza
Que sufre el justo, nazca la esperanza.
¿No véis cómo se apaga
El rayo entre las manos del potente?
Ya de la muerte la tiniebla vaga
Por el semblante de Jesús doliente:
Y su triste gemido
Oye el Dios de las iras complacido.
Ven, ángel de la muerte;

Esgrime, esgrime la fulmínea espada,
Y el último suspiro del Dios fuerte,
Que la humana maldad deja expiada,
Suba al solio sagrado,
Do vuelva en padre tierno al indignado.
Rasga tu seno, ¡oh tierra!
Rompe, ¡oh templo! tu velo; moribundo
Yace el Criador, mas la maldad aterra,
Y un grito de furor lanza el profundo:
Muere... gemid, hermanos:
Todos en él pusisteis vuestras manos.

ALBERTO LISTA.

DOLOROSA

I

¡Pobre Madre...! está llorando
Al pie del santo madero,
El pueblo murmura fiero
Por la montaña girando.

Y rugen el viento bravío,
Braman los mares profundos,
Y giran soles y mundos
Con espanto en el vacío.

¡Pobre Madre...! ante los sonos
De sus dolientes afanes,
Alzan truenos y volcanes
Sus más terribles canciones.

Y el ángel llora y se arredra,
Tiemblan los jueces inquietos,
Y se alzan los esqueletos
Sobre sus tumbas de piedra.

Porque es tanta la aflicción
De la Madre angelical,
Que llora el mismo puñal
Al romper su corazón.

II

Ella vió al Hijo nacer
Sus ensueños realizando;
Ella le durmió cantando
Las endechas del placer.

Ella, con ansia divina,
Dejó sus plácidos lares,
Cruzó de Judá los mares,
Las cumbres de Palestina.

Y siempre del Hijo en pos,
Le siguió amante y serena,
Como sigue el alma buena
La sombra santa de Dios.

III

Hoy... ¡pobre Madre! le mira
Sobre el Gólgota sangriento,
Dando suspiros al viento
Que en torno del árbol gira.

Lo mira triste, llorando
Por el pueblo, su asesino:
Oye su acento divino,
¡Perdón! ¡Perdón! murmurando.

Ve sus sienes desgarradas
Por las espinas crueles;
Ve marcados los cordeles
En sus manos veneradas.

Y si oye de su ansia en pos
Del pueblo el acento fijo,
Ve que le matan al Hijo
¡Por el crimen de ser Dios!

IV

¡Pura y mística azucena
Del desierto de la vida,
Lámpara siempre encendida
Para templar nuestra pena.

Celeste, candido lirio
Por los ángeles cuidado,
Puro ciavel perfumado
Con la esencia del martirio!

Yo vengo, Madre, á besar
Las estrellas de tu manto;
Vengo á regar con mi llanto
Los mármols del altar.

Del relámpago á la luz,
Que la tormenta anunciaba,
Yo ví á Dios que vacilaba
Bajo el peso de la Cruz.

Le ví dulce ante el desdén
Del pueblo vil y asesino,
Le ví con llanto divino
Llorar por Jerusalén.

Ví su cabeza sangrienta
Tocar con la ruda roca,
Ví un insulto en cada boca
Y en cada grito una afrenta.

Y al verte á su lado ir,
Dije con llanto de amor:
¡Pobre esposa del dolor,
Cuánto debes á sufrir...!

V

¡Pueblo...! con llanto profundo
Ve á contemplar su agonía;
Hoy es la fecha... es el día
De la redención del mundo...!

Doquiera se oye el concierto
De la más honda tristeza;
¡Hasta la naturaleza
Parece que toca á muerto...!

El templo... todo es dolor;
Mucha sombra... poca luz...
Sobre el negro altar, la Cruz
Ya no tiene al Redentor.

Al pie de la Cruz, María...
Cerca el sacerdote implora;
Allá en las tinieblas llora
El órgano una armonía...

De las campanas el són
No se mezcla en el lamento
Por no turbar en el viento
Los ecos de la oración.

Y la luz que ante el altar
Mal las tinieblas resiste,
Está tan triste, tan triste,
Que no se atreve á alumbrar...

Todo es llanto y es dolor...
Mujeres, niño, y ancianos:
¡Venid! ¡Venid! de las manos
A llorar al Redentor.

¡Venid ante el que se inmola
Por colmar nuestra alegría:
Venid á ver á María
Que está sollozando y sola...!

Llegad de vuestros lugares
Con ofrenda á sus dolores;
Dejad los caminos sin flores
Para cubrir sus altares.

Y no dad al corazón
Hoy consuelo en su quebranto;
¡Porque será nuestro llanto
La segunda redención...!

BERNARDO LÓPEZ GARCÍA.

EL MAL APÓSTOL

La parda nube creciendo
oscurece el horizonte,
y uno grave, otro gimiendo,
dos hombres van descendiendo
por las laderas del monte.

La pena en ambos se iguala.
— ¿Y el Maestro? Así pregunta
el que en sollozos la exhala;
y el que á él mudo se junta
el Gólgota le señala.

Al fulgor de roja lumbre,
á un ser que la saña inspira
de salvaje muchedumbre,
con súbito espanto mira
encaminarse á su cumbre.

Abundoso llanto dan
ardiente curso sus ojos,
y exclama con vivo afán:
— ¿Podré calmar sus enojos
con estas lágrimas, Juan?

— La culpa el llanto redime;
para el perdón nunca es tarde:
su piedad, Pedro, te anime.
¡Lora, Pedro! Y Pedro gime
su negativa cobarde.

Y Juan que pálido ostenta
la faz juvenil y hermosa,
prosigue su marcha lenta
hacia aquella turba odiosa
de una víctima sedienta.

Y Pedro al dolor profundo,
la faz con vergüenza oculta;
se pierde en la senda inculta.
Fúnebre velo ya al mundo
en las tinieblas sepulta.

La torva faz encendida,
La mirada amenazante,
roja melena esparcida,
la túnica desceñida,
hállase á un hombre delante.

El Apóstol se estremece
ante aquel hombre siniestro
que en su senda así se ofrece,
por su traición se escarnece
á su divino Maestro.

A fijarse Pedro obliga
á aquel hombre que le aterra,
en el ser que á un Dios encierra,
y que á la humana fatiga
cede al fin, cayendo en tierra.

— ¡Héle allí...! Por mi falacia
son estas lágrimas mudas.
Yo le negué con audacia;
tú le vendes... Lloras, Judas,
porque infinita es su gracia.

— ¿Y secos no ves mis ojos?
¿No ves que al llanto no cedo?
De mi crimen tengo miedo;
tengo miedo á sus enojos.
¡Quiero llorar, y no puedo!

— ¡Aparta! ¡aparta...! Su muerte
la ocasiona tu avaricia.
¡Y ni una lágrima vierte!
¡Huye, y la eterna justicia
decida tu eterna suerte!

Al azar Judas se lanza:
Pedro su senda prosigue,
el mal Apóstol avanza
sin que un rayo de esperanza
de piedad su horror mitigue.

De su conciencia el punzante
dardo agudo le envenena.
Por la montaña va errante
como acosada la hiena
busca un refugio anhelante

¡Huye de sí...! Apenas toca
la tierra... ¡esperanza loca!
Su tormento no se acaba:
su voz que al infierno evoca
de su clemencia es ya esclava.

Por donde quiera su oído
sigue, hiere y atormenta
de un beso aleve el sonido:
del metálico es seguido,
del precio vil de su venta.

Párase un hombre delante
de Judas con calma impía;
hiela de horror su alegría,
y el cinismo repugnante
de su cruel ironía.

— Mira, exclama; en el suplicio el Nazareno sucumbe. Hoy te debo un beneficio, y si el pueblo en su juicio injusto fué, no me incumbe.

— ¿Quién eres tú? ¿Dónde vas? ¿Por qué mi tormento acreces? — ¿Quién soy dices, «Barrabás.» ¿Dónde voy? Como otras veces á ser bandido de hoy más.

Y el sanguinario bandido del monte cruza el repecho; y el traidor en su despecho ni un gemido, ni un gemido puede arrancar de su pecho.

Entre el fragor misterioso que al mundo todo conmueve, á lo lejos el odioso concurso lento se mueve por el sendero escabroso.

Y en tanto á Judas infausto asedia el remordimiento. Se aproxima el cumplimiento del terrífico holocausto en el Gólgota sangriento.

La alta peña se derrumba, y en el seno del Calvario el finado abre su tumba, y el viento que ronco zumba le agita el blanco sudario.

¡Con el Mártir ya se mira la cruz enhiesta... y se espanta la plebe y terror se inspira! Ya su espíritu levanta el Hijo al Padre, y espira.

Del Apóstol en la altura se ve la negra figura sobre el celaje encendido... El rayo á sus pies fulgura, pero no exhala un gemido.

Mas de súbito una idea le inspira el genio del mal: á viejo tronco rodea su misma mano el dogal que al fin su verdugo sea.

En el espacio se mece su cuerpo ya en la agonía: torva fantasma parece. ¡Ni una lágrima humedece su pálida faz sombría!

Así su postrer aliento convulso y furente exhala al feroz remordimiento. Su delito á otro no iguala, ni á otro iguala su tormento.

ANGEL LASSO DE LA VEGA.

TRADICIONES DE TIERRA SANTA

(Continuación.)

VII

RAMA

UNOS cuatro kilómetros al S. O. de Lida se encuentra Rama, á la cual hay que trasladarse para tomar el camino-carretero de Jerusalén. Rama, que es como la denominamos los cristianos, ó Ramlé, que quiere decir *arena*, nombre que le dan los árabes, es la antigua *Arimatea*, de la tribu de Dan, célebre, según tradición piadosa, por ser la patria de aquellos discípulos ocultos del Señor, José y Nicodemo, que tan hermosa intervención tuvieron en el descendimiento y sepultura del Redentor del mundo. Por su importancia relativa Rama puede considerarse como la capital de la llanura de Sarón, que en todas direcciones la circuye. La antigua *Arimatea*, distante unos diez kilómetros de Lida, cuenta 5.500 habitantes, de los cuales 400 son griegos cismáticos, 70 católicos, 13 protestantes y los demás mahometanos. El pueblo, formado por casas de cantería, que en vez de tejados tienen terrazas y medias cúpulas, está en llano, y rodéanle feraces huertos con altas é impenetrables cercas de nopales; las calles son estrechas, tortuosas y sucias, aunque no tanto como las de Lida y otros lugares turcos, peor situados; los cementerios, abiertos y extensísimos como lo son todos en aquel país, ocupan gran parte de los alrededores de Rama; y el convento de los hijos de San Francisco, semejante á fortaleza atrevida, con ferrada y pequeña puerta, por la cual no puede

penetrar un hombre sin inclinarse, se levanta en el extremo O. del lugar.

No hay que confundir este pueblo con aquella Rama de los montes de Efraim, que fue patria de Samuel; ni con aquella otra Rama, próxima á Belén de Judá, en la que se oyeron llantos y lamentos grandes con motivo de la degollación horrible de los santos niños inocentes. Según San Jerónimo, *rama* significa *lugar excelso* y el pueblo que nos ocupa se encuentra, como hemos dicho, en una llanura *arenosa*, por lo que le conviene mejor el nombre árabe *Ramlé*. Cuando Santa Paula la visitó, en el siglo IV, Rama era una aldehuela (*viculus*) insignificante¹; pero, según el historiador árabe Mohamed-Nigem-Eddin-Eszech-Essinti «Rama era una ciudad grandísima, que pertenecía antiguamente á los hijos de Israel, situada en extensa llanura, amenizada con muchos jardines y árboles de todo fruto, especialmente palmeras; tan grande que tenía doce puertas, una fortaleza de importancia y una mezquita, ó alminar altísimo, el cual estaba fuera de la ciudad, á mucha distancia por occidente. Pero, habiéndose apoderado de ella Salehh Eddin, desmanteló la ciudad y también la ciudadela, como había hecho con Lida, Ascalón y otras poblaciones, para que no pudiese servir de plaza fuerte á los cristianos.»

Habiéndola abandonado sigilosamente sus moradores, tomáronla sin resistencia alguna los Cruzados, apoderándose de muchas vituallas, que los fugitivos no pudieron llevar consigo; y dejaron allí un Obispo, llamado Roberto, con el título de San Jorge, iglesia de la inmediata Lida, el cual fué después sufragáneo del Patriarca de Jerusalén. En el reinado de Balduino I, hermano y sucesor de Godofredo de Bouillon, los Cruzados sufrieron en Rama tan grande derrota, que estuvo á punto de perecer el mismo Balduino. La tomó Saladino, la reconquistó Ricardo Corazón de León y en 1266 perdiéronla definitivamente los cristianos, cayendo en poder de Bibars, el sultán de Egipto. En 1296 se establecieron en Rama los Franciscanos para proteger á los peregrinos en su marcha á Jerusalén, compraron unas casas y construyeron el convento en 1393. En él se hospedó Napoleón Bonaparte, con todo su estado mayor en 1799, convirtiendo la iglesia en hospital de sangre del ejército francés. Caro costó á los frailes el hospedaje, que fueron asesinados por los turcos, y saqueado el convento, apenas se retiraron los franceses.

En Rama y su término puede visitar el peregrino: los conventos é iglesias, dedicadas á San Jorge ambas, de los griegos y armenios cismáticos; dos escuelas, una de niños dirigida por los PP. Franciscanos, á la cual pueden asistir de toda religión, y otra de niñas, á cargo de las Hermanas terciarias de San José de la Aparición; varias mezquitas y especialmente la Mayor, llamada en árabe *Yama-el-Kibir*, que fué antiguamente iglesia de San Juan Bautista; las seis cisternas dichas vulgarmente de Santa Elena, obra tal vez de los Cruzados; el pozo denominado por los árabes *Bir-en-Moristan*, de agua excelente; la torre de los cuarenta mártires, con las ruinas y subterráneos próximos; la mezquita Blanca (*Yama-el-Abiad*) y el pequeño monumento funerario ó *ueli* de un santón, que hay allí cerca.

VIII

JOSÉ Y NICODEMO

Narra la pasión y muerte de Jesucristo, nuestro bien, el evangelista San Juan, y añade:

«Después de esto, José de Arimatea (que era discípulo de Jesús, aunque oculto por miedo á los judíos) rogó á Pilato, que le permitiese quitar el cuerpo de Jesús. Y Pilato se lo permitió. Vino, pues, y quitó el cuerpo de Jesús.»

Y Nicodemo, el que había ido primeramente de noche á Jesús, vino también, trayendo una confesión como de cien libras de mirra y áloe.

Y tomaron el cuerpo de Jesús y lo ataron en lienzos con aromas, así como los judíos acostumbran sepultar.

Y en aquel lugar en donde fué crucificado había un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo, en el que aun no había sido puesto alguno.

Allí, pues, por causa de la Parascève de los judíos, porque estaba cerca el sepulcro pusieron á Jesús.»

Pues bien: tradición inmemorial y respetable asegura que el convento de los PP. Franciscanos en Rama está construído sobre el solar de la casa de San Nicodemo; y recorriendo aquel fuerte y pesado edificio, el peregrino debe visitar lo siguiente: la iglesia parroquial y del convento á la vez, en cuyo

altar mayor se ve un magnífico cuadro del Tiziano, que representa á José y á Nicodemo bajando de la cruz al Señor; dos patios convertidos en jardiniillos interiores y sombreados por parras y palmeras, los terrados ó azoteas, la celda que ocupó el Capitán del siglo en 1799, y sobre todo el lugar donde estuvo el taller del santo artista.

Otra tradición piadosa, nunca interrumpida, sostiene que el fariseo y príncipe de los judíos Nicodemo, que tuvo la dicha de oír de labios del mismo Salvador del mundo las sublimes enseñanzas de que nos habla San Juan en su Evangelio¹, á pesar de su ilustración y categoría ó quizás por esto mismo, se dedicaba á la escultura; y asegura también, que el taller del santo escultor estaba precisamente en la capilla, existente hoy día frente á la iglesia del convento. Es pequeña, abovedada y no tiene más adornos que algunas colgaduras y un altar frente á la puerta de entrada. San Nicodemo está representado al óleo en un pequeño cuadro, que ocupa el centro del altar, debido al pincel del religioso español Fr. José Bovés. No es extraño, pues la comunidad de aquel convento, compuesta de cuatro ó cinco religiosos, siempre está presidida por un español, Cura Párroco á la vez de los pocos católicos de Rama.

Para concluir, consigno una tercera tradición, recogida por el Rmo. P. Bonifacio de Ragusa², Guardián de Monte Sión y más tarde Obispo de Stagno, según la cual en aquella capillita, San Nicodemo talló el Crucifijo de cedro, que con el nombre vulgar de *Volto Santo di Lucca* se venera desde el año 782 en la catedral (*Duomo*) de Lucca, ciudad de Italia. El antiguo taller del santo escultor tiene concedidas indulgencias parciales y no es posible doblar la rodilla ante aquel altar sin comoverse pensando en la dicha inefable que cupo en suerte á José y Nicodemo, cuando descendieron, ungieron y sepultaron con sus propias manos el cadáver sacratísimo de Jesucristo Nuestro Señor.

M. POLO Y PEYROLÓN.

(Se continuará.)

LAS ANIMAS

HISTORIA DE ALDEA

(Conclusión.)

VI



UAN buscó en vano durante algún tiempo el cadáver de su amigo, y sin embargo, éste se hallaba entre los cadáveres de los víctimas de la lucha.

En un arroyo habían caído siete ú ocho valientes, y un cobarde, que era Andrés. Aturdido, arrastrado hasta allí por la imperiosa ley de la necesidad, temeroso de que, al verle huir, le diese muerte alguno de sus mismos compañeros, recibió una herida de poca gravedad, siendo el primero que cayó en el arroyo, donde cayeron bien pronto sin vida sus hermanos de armas. La sangre que perdió el desdichado, la humedad del arroyo, el miedo supino que le embargaba, y la dificultad con que respiraba bajo el peso de los cadáveres de los demás, eran motivos suficientes para agravar su estado, y cuando Juan, que hasta entonces no había visto los cadáveres en el arroyo, y que ya empezaba á sospechar que el enemigo se habría llevado prisionero á su amigo — que todavía se resistía á creer que habría huído en el momento del combate — descubrió el cuerpo de Andrés, este presentaba toda la apariencia de un cadáver.

Fra aquel un cuadro digno de Miguel Angel y de Rembrand. La noche más oscura y sombría que nunca, la naturaleza cubierta de luto y como horrida de la guerra de los hombres, las aves de rapina cerniéndose sobre aquel campo de la muerte, y descubriendo con la sangrienta mirada el sitio donde más cadáveres había, para lanzarse sobre ellos, y devorar aquellos corazones que algunas horas antes latían llenos de vida, de entusiasmo y de esperanza, y un soldado, cubierto de polvo, lodo y sangre, inclinado sobre los cadáveres, acercando la linterna á los inmóviles, desencajados rostros de los mismos á quienes el día antes había visto hablar de sus ancianas madres y de sus amores, y que con él los había visto arrojar á la pelea, al grito de: *Viva España...!*

Y cuando, después de sacar en sus brazos uno por uno los cadáveres que había en el arroyo, descubrió en el último á su amigo Andrés, á su pobre

¹ Epiíst. LXXXVI á Santa Eustaquia.

² San Juan, cap. XIX, vers. 38-42.

¹ Cap. III, vers. 1-21.

² De perenni cultu Terrae Sanctae, lib. II.

hermano, á quien tanto amaba, y de quien nunca se había separado, lloró el valiente Juan como un niño que se ve perdido y abandonado, maldijo de su suerte, y se reprochó como el mayor de los crímenes haberse apartado de Andrés en el momento del combate, y cargó sobre sus hombros el cuerpo rígido y frío, que creía cadáver, y con él se dirigió al sitio donde se hallaba uno de los médicos encargados de reconocer los cadáveres, antes de que se les diera sepultura.

Andrés no estaba muerto.

Imposible sería imaginar la alegría de Juan. Abrazó al médico, abrazó á todos los soldados que halló al alcance de sus brazos, y abrazó besó á Andrés, que aunque estaba vivo, según decía el médico, y era en efecto verdad, no daba para los profanos á la ciencia señal alguna de vida; lloró y rió al mismo tiempo, y pasado este primer momento de expansión, y avergonzado de no haber dado todavía gracias á la Providencia, á quien debía la vida de su hermano de la infancia, se arrojó humilde en aquel suelo enrojecido por la sangre de sus compañeros de armas, oró fervorosamente, y pidió al Todopoderoso conservase la vida de Andrés, á quien el médico había declarado en peligrosísimo estado, y después, sin descansar, sin dormir un momento, se instaló á la cabecera del lecho donde había sido colocado Andrés, y allí pasó la noche, fijos los ojos en el rostro de aquel infeliz.

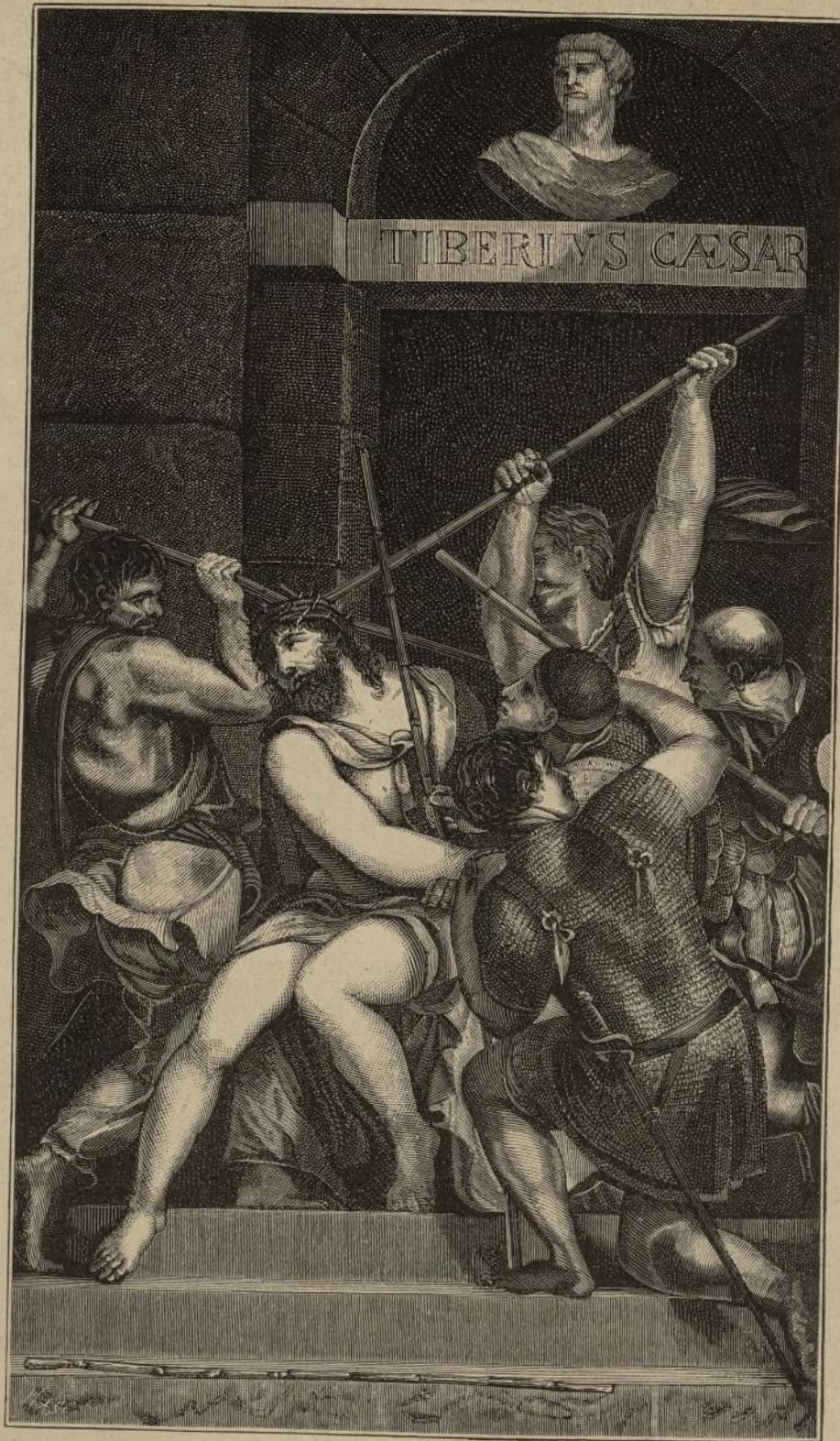
Si la Providencia hace un milagro, decía, y salva á mi pobre amigo, si al abrir los ojos me ve á su lado, cuidándole cariñosamente, entonces sí que se modificará su carácter, entonces sí que comprenderá que no reina en el mundo el egoísmo, y que el amor al prójimo y la caridad son los dos grandes placeres, los dos grandes consuelos que hacen tranquila y fecunda la vida del hombre: entonces sí que tendré yo la dulce satisfacción de verle rezar y volver los ojos á Dios, que tan misericordioso habrá sido con él, y entonces sí que lograré que mi amigo, mi hermano, el que ha nacido en el mismo sitio que yo, y conmigo ha pasado los años de su juventud, y conmigo ha entrado en esta vida militar, me ame, como yo á él, y no me trate con ese desvío, con esa reserva con que hasta ahora.

Tal era la generosa naturaleza de Juan.

Y todos sus compañeros, y todos sus jefes, desde el sargento de su compañía hasta el general del ejército, admiraban aquella abnegación sin límites, aquel desprecio de sí mismo en favor del prójimo, y todos le respetaban, y todos se disputaban el honor de estrechar aquella mano generosa, siempre dispuesta á apoyar al débil y al desvalido.

Hubo entre los soldados uno que se atrevió á decir que poco se hubiera perdido con la muerte de Andrés, y que menos falta hacía éste en el mundo que otros que habían tenido menos fortuna en el combate, y Juan como un león á quien arrebatan su compañera saltó sobre él, y lo hubiera estrangulado seguramente á no mediar alguno de sus jefes, que no se atrevió á castigar aquel arranque de generosidad.

Andrés, gracias á que la ciencia empleó todos sus recursos para reanimar aquella pobre naturaleza, abrió los ojos, y vió á Juan á la cabeza de su lecho, á Juan que le prodigaba las más consoladoras frases, y que le hablaba de Dios, y le expresaba toda la alegría que sentía viéndole mejorar. Y Andrés apartaba los ojos de Juan como si le disgustara verle á su lado, y parecían causarle más repugnancia que



LA CORONACIÓN DE ESPINAS.

(Cuadro del Tiziano.)

otra cosa las protestas de amistad y los consuelos de su rival.

Y Juan redoblaba su celo, y cuidaba del enfermo con tanto más amor, y con tanta más abnegación, cuanto que claramente veía que sus cuidados no eran agradecidos.

VII

Una noche, Andrés fué acometido de un espantoso delirio. Juan velaba como siempre á la cabecera de su lecho.

Y Andrés decía en su delirio:

— ¡Me muero!... ¡Nadie me socorre, nadie!... ¡Y he de morir sin matarle!... Él no morirá, no! él tiene más fortuna que yo... Todos le quieren, todos piden por él... y ella, ella le quiere más que todos, más que á mí... ¡ya lo creo, á mí me aborrece!... Y yo muero, no hay remedio para mí... y él se queda en el mundo!... Maldito sea él, y maldita ella también...!

Juan oía temblando estas terribles frases, y veía con profunda pena la feroz expresión que se pintaba en el semblante de Andrés.

— ¡Cómo se alegrará de mi muerte! continuó Andrés, revolviéndose en el lecho. Si yo viviera,

entonces sí, entonces sí que no había de reirse de mí, porque le mataría... He jurado matarle, y le mataré... porque viviré, sí que viviré... y Teresa no será mía, pero suya tampoco.

Juan, que ya había temido que Andrés hablaba de él en su delirio, no pudo dudar al oír el nombre de Teresa, pronunciado por aquella sacrilega boca.

Y lo primero que hizo, al saber aquel horrible secreto, al oír aquella feroz amenaza, fué postarse de rodillas, y pedir á Dios por su mismo enemigo, que desde aquel momento le interesaba mucho más, porque era el infeliz mucho más desdichado de lo que él había podido imaginar, — que la verdadera desdicha en el mundo es la del hombre á quien asaltan malos pensamientos y no puede librarse de ellos.

Desde el día siguiente, Andrés comenzó á mejorar, y dos semanas después ya se hallaba fuera de peligro.

Juan le dijo que había sido herido, que le habían encontrado en el arroyo, entre los cadáveres, pero se guardó bien de decirle que él era quien en medio de la noche, rendido de hambre y de fatiga, había ido á buscarle, y sobre sus hombros le había traído.

Andrés renegó de su destino, de la vida militar, y blasfemó culpando á su negra suerte de los males que le habían sobrevenido, y sin advertir, impío, que la Providencia le había dispensado un inapreciable favor con no dejarle morir, como habían muerto tantos otros.

Llegó el día de las recompensas, y Juan, además de ser mencionado en la orden general, y de recibir al frente de las tropas, y de manos del mismo general en jefe una de las cruces pensionadas con mayor premio, obtuvo rebaja de dos años, que era precisamente el tiempo que le faltaba para cumplir su obligación de soldado.

Andrés, por haber sido herido, obtuvo la misma rebaja, que era el premio que más deseaba, sin cuidarse mucho de las condecoraciones, por más honoríficas que éstas pudieran ser, que su única aspiración era evitar las ocasiones de caer herido ó asustado en las batallas, á las que no podría acostumbrarse en cien años, si cien años viviera.

Y á los pocos días hizose la paz, y parte del ejército se alejó del sitio de la lucha.

Juan y Andrés fueron de los que volvieron, recibiendo poco después su licencia absoluta.

Juan escribió á Teresa y á su padre dos cartas que rebotaban alegría y esperanza, y que expresaban toda la gratitud que debía al Todopoderoso el valiente soldado, que después de seis años de servir en el ejército, expuesto á todos los peligros de la vida militar, y viendo de continuo la muerte junto á él, podía gozar el inefable placer de volver sano y salvo al suelo que le vió nacer, con el corazón tan puro y bueno como cuando salió de la aldea, y con la halagüeña esperanza de hallar una mujer, un ángel, con quien compartir los placeres y las penas de la vida, y todo esto, después de la satisfacción de haber cumplido con su deber, y de haber logrado la consideración de cuantos habían tenido ocasión de conocer sus nobilísimas prendas.

Juan, que tan feliz podía ser y tanto lo merecía, no gozaba, sin embargo, felicidad completa. — Sabía el secreto de su compañero, de su hermano Andrés, sabía que éste le odiaba de muerte, que no se creía satisfecho sino con su desaparición del mundo, y esta idea le apenaba y le angustiaba el corazón, no porque temiera el odio de Andrés, sino porque este odio era para él como la ingratitude de un hijo para

con su padre, porque era señal infalible de que el corazón de Andrés estaba completamente cerrado á todo sentimiento noble y generoso, y que en él reinaban despóticamente todas las malas pasiones, porque Juan amaba á Andrés como el padre ama al hijo ingrato que contra él se vuelve, y porque era Juan una de esas naturalezas generosas, muy raras en el mundo, que sufren con la pena del prójimo y con la alegría y el amor del prójimo se regocijan como con sus propios placeres.

Libróse bien Juan de leerle la carta que escribió á Teresa, anunciándole el fin de la campaña y del tiempo de su empeño, porque como sabía que Andrés sufría con su alegría, parecía una buena acción evitarle las penas que pudiera, ya que no acertaba á librarle de la horrible á que se ve condenado el envidioso, como el que está bajo la tremenda presión de un mal pensamiento.

Pero no dejó de proponerle volver juntos al lugar de su nacimiento, á lo que accedió Andrés, no sin aconsejar antes á su amigo que, puesto que sus jefes

le proponían colocaciones ventajosas en la Corte, y que se le ofrecía ancha y cómoda vida prefiriese esta halagüeña posición á la vida monótona, oscura y pobre de la aldea.

En este consejo de Andrés vió Juan el deseo que este tenía de alejarle de Teresa, y de separarse de él.

— Quizá, se dijo Juan, la voz de la conciencia le dice que será un horrible é imperdonable crimen atentar á mi vida, y quiere evitar la ocasión.

— No, Andrés, le dijo; juntos hemos crecido en nuestro bendecido pueblo, juntos salimos de él hace seis años para cumplir con el deber que tiene todo ciudadano de servir á su país, juntos hemos corrido todos los peligros de la vida militar, y juntos hemos de volver allí donde nos esperan nuestros vecinos, nuestros amigos, que se honrarán tanto, sabiendo que los hemos representado en la defensa de la patria tan cumplida y valerosamente. Pero si tú no quieres volver, si te place probar fortuna en la Corte, libre eres, querido Andrés, y no seré yo quien contrarie tu inclinación.

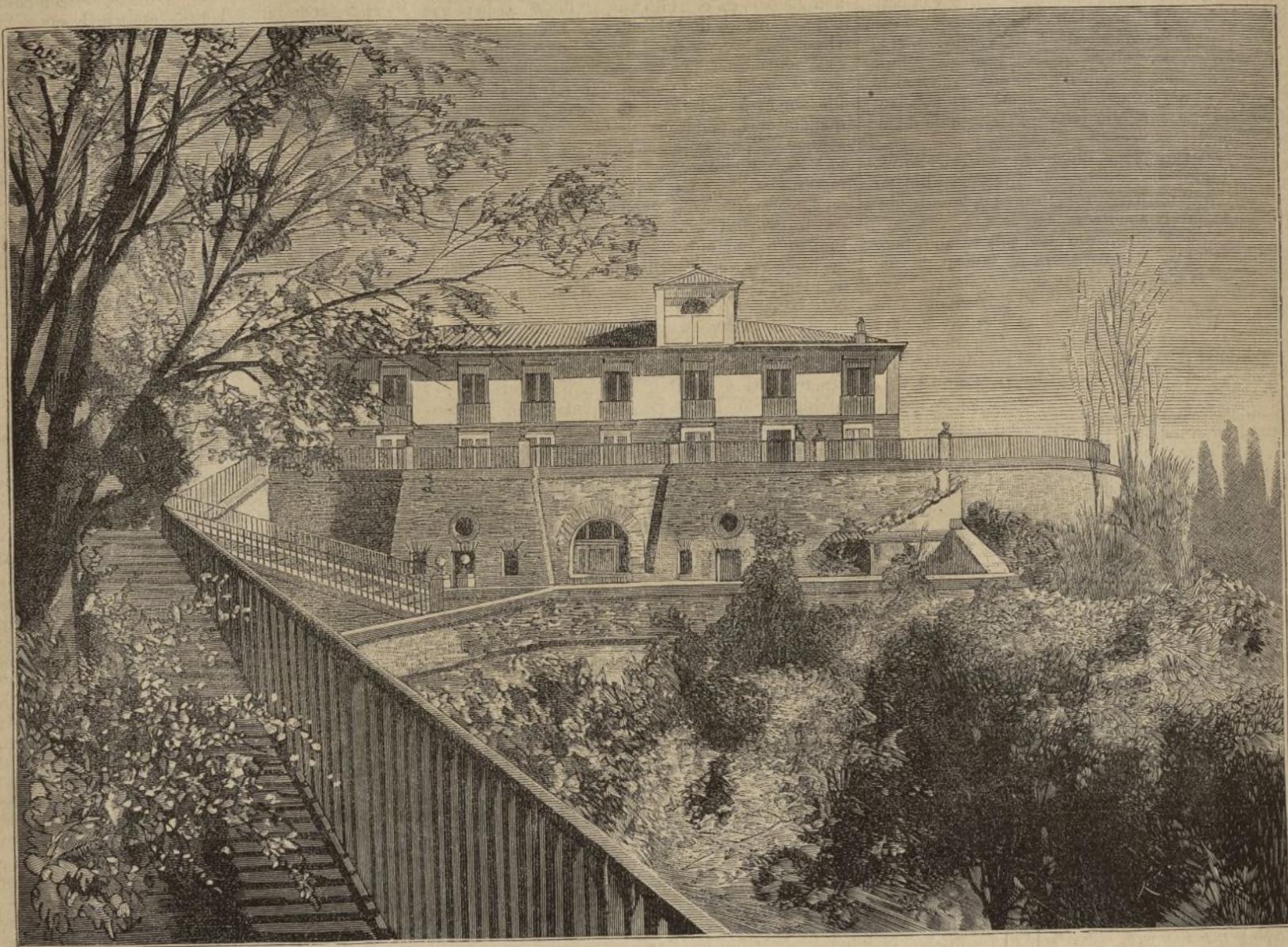
— Yo no, contestó Andrés; sea como tú quieras. En el semblante de Andrés advirtió Juan una sinistra sombra.

VIII

Una tarde, á tiempo que sonaba el toque de ánimas, Juan y Andrés se ponían en camino, con dirección á su aldea.

— A esta misma hora, dijo Juan, salimos hace seis años del mismo sitio adonde volvemos ahora, á esta misma hora te encontraron, pobre amigo mío, sofocado bajo los cadáveres de nuestros hermanos de armas.... Recemos, Andrés, recemos por ellos, y por sus pobres desconsoladas familias que llevarán eternamente luto en el corazón, y demos después gracias á Dios porque te salvó milagrosamente de la muerte, y porque nos ha permitido volver á nuestra casa, que tantas veces hemos creído no ver más.

Y Juan se arrodilló y oró fervorosamente, pidiendo



ESCUELA DE AGRICULTURA DE LA MONCLOA.

do á Dios que alejase de la mente de Andrés los viles pensamientos que le atormentaban. Andrés le imitó, arrodillándose también, y quiso murmurar una oración, pero el demonio de la envidia que de él se había apoderado no le permitió recordar ninguna de las que le enseñó en los tiempos de su infancia el santo sacerdote de la aldea.

Y emprendieron su camino.

Juan y Andrés llevaban algún dinero; Andrés lo economizaba por avaricia, Juan lo economizaba porque aquel dinero era para su pobre padre, que, á instancias suyas, había dado seis años antes á las pobres víctimas de un incendio el trigo que tenía en su granero. — Habían decidido que, siendo como era el tiempo muy apacible, dormirían en el campo, velando el uno mientras reposase el otro.

Y así lo hicieron, cuando ya muy entrada la noche, sintieron la necesidad de dar algún descanso al cuerpo.

Juan veló el sueño de Andrés, sueño intranquilo

y doloroso — que no puede dormir sosegado el hombre poseído de mezquinas pasiones.

Andrés veló el sueño de Juan, que durmió, al lado de su enemigo, á quien había oído jurar su muerte, tan tranquilamente como en su propio lecho y en su propia casa, como si estuviera al lado de su mismo padre. — Tal era la confianza que le inspiraba á Juan la misericordia de Dios.

Horrible lucha entablaron, durante el sueño de Juan, en el espíritu de Andrés la envidia, el miedo y la codicia — que también se le ocurrió robarle el dinero que llevaba.

Era aquel un contraste notable. — Algunos meses antes, en una noche horrible, Juan buscaba con amoroso afán, y lleno el corazón de angustia y temor, á su amigo Andrés y le salvaba la vida, y en otra noche serena y apacible, en la que la naturaleza ostentaba toda su belleza, y en la que, en vez del estertor de los moribundos, y el pavoroso graznido de las aves de rapiña, y el alerta de los centinelas, se oía el grato rumor de las hojas de los ár-

boles suavemente agitadas por la brisa, y el tierno y misterioso canto de las aves inofensivas, y las inexplicables dulcísimas armonías de las noches de primavera, Andrés pensaba sorprender á su amigo y protector dormido, y arrancarle la vida generosa, y añadir al crimen del asesino el del ladrón cobarde, y el más horrible y repugnante de la ingratitud.

— Se casará con ella, decía Andrés, y ella y él se reirán de mí, que viviré solo, sin nadie que me quiera, condenado al suplicio de ver su felicidad.

Instintivamente sacó del cinto una navaja que había comprado algunos días antes; pero al mismo tiempo vió alzarse enfrente de él una sombra, una nube blanca, que tenía la figura de una persona envuelta en un sudario, y la navaja se le cayó de las manos, y se deslizó por la cuestecita en cuya cima se hallaba, y sonó al caer en el agua de un arroyo que al pie de la cuesta había.

Volvió á mirar, y no había nada; la sombra, ó había sido una ilusión de su mente, ó había desaparecido.

— Es imposible, volvió á pensar, que yo vea sin morir de rabia y desesperación, la felicidad de Juan y Teresa. Ella no me quiere, no me querrá aunque Juan no existiera; pero yo no quiero que quiera á Juan ni á nadie... Y si Juan no va no querrá á nadie, y no se casará, de fijo que no se casará... y yo me habré vengado de ella y de él, y ya no sentiré este terrible tormento, este fuego que me abrasa el corazón y la cabeza... Concluyamos de una vez.

Buscó la navaja y no la halló; miró al arroyo, y allí la vió brillar, y le pareció como que estaba sostenida en el agua con la punta en dirección de su pecho; á su lado había una piedra, con la que podía aplastar la cabeza de Juan dormido; volvióse á mirar á éste, y luego fué á coger la piedra, pero sobre la piedra se alzaba imponente el mismo aterrador fantasma, que antes le había parecido ilusión de su mente.

Andrés dió un grito de espanto, y cayó hiriéndose el rostro en la misma piedra.

Al grito de Andrés despertó Juan sobresaltado, temiendo alguna sorpresa.

— ¿Qué es eso, Andrés? ¿qué ha sucedido...? Andrés no contestaba, porque el pavor y la herida le habían hecho perder el conocimiento.

Gracias á los cuidados de Juan, volvió en sí; al ver la herida de Andrés, supuso Juan que habría quedado dormido y caído al hacer algún movimiento, ó que el miedo le habría fingido cualquier fantasma, que no sería otra cosa que la sombra de algún árbol.

Bajó la cuestecita con objeto de tomar del arroyo agua con que lavar la herida de Andrés, y al meter la mano en el arroyo, que era muy poco profundo, dió con la navaja abierta de Andrés.

Juan no podía adivinar lo que había pasado, pero aquella arma en el arroyo era un indicio de que Andrés había querido servirse de ella.

Cogió la navaja, la cerró, y dirigiéndose á su compañero lavó cuidadosamente la herida, que era muy leve, y le presentó la navaja, diciéndole:

— Toma; se te habrá caído del bolsillo.

Andrés tomó temblando la navaja, y ambos volvieron á ponerse en camino, porque ya la aurora comenzaba á iluminar el horizonte.

Juan fué el primero que interrumpió el silencio, preguntando á Andrés:

— ¿Qué tienes, Andrés? ¿te pesa volver al pueblo?

— No, contestó secamente Andrés.

— ¿Qué te sucedió esta noche...?

— ¡Nada...! Un vahído...

Y siguieron andando en silencio.

Llegaron á un sitio en que el camino estrechaba de tal manera que sólo podían andar uno tras otro. Juan pasó delante.

Y volvió el demonio á atizar en el corazón de Andrés el fuego de la envidia.

Era tan fácil en aquel sitio dar una puñalada á Juan, que sin volver el rostro, marchaba delante, tranquilo y descuidado al parecer...

Y otra vez volvió á atormentar á Andrés la idea de la felicidad que esperaba á Juan, y ya se figuraba verle salir de la iglesia, llevando del brazo á Teresa, la muchacha más buena y hermosa de la aldea, la que todos habían codiciado, y á ninguno había querido más que á Juan... y otra vez llevó instintivamente la mano á la navaja, é instintivamente la abrió, y quizás iba, en el vértigo que de él se apoderaba, á descargar el golpe mortal sobre su amigo, cuando sintió que una mano de hierro le oprimía el brazo, y que una voz, cuyo sonido recordaba, le decía severamente: — ¡Hijo mío...! La navaja cayó de sus manos, y Andrés quedó inmóvil como una estatua.

En aquel momento volvió la cabeza Juan, y vió á Andrés pálido y desencajado, que le miraba como un idiota, y de quien parecía haberse apoderado el pavor más espantoso, y á los pies de Andrés la navaja, que recogió y devolvió á su compañero diciéndole:

— ¡Toma! la vas á perder.

Juan no quiso preguntar á Andrés la causa de su espanto, que se la explicaba de este modo:

— Andrés quiere matarme, y no se atreve. Y luego añadió: — Cúmplase la voluntad de Dios, y Él le perdona.

Y siguieron andando.

Llegó la hora de comer, y Juan comió, pero Andrés no probó siquiera un bocado.

La hora de la oración sería cuando llegaron á un pueblecito que no distaba más que algunas leguas del suyo.

Y también, cuando entraron en el pueblo, oyeron el toque de ánimas, que tantos recuerdos traía á la imaginación de Juan.

Andrés por la primera vez se estremeció al oír el toque de ánimas que tantas veces había oído con indiferencia.

Aquella noche se dirigieron á una posada, donde pidieron un cuarto para dormir, y se lo facilitaron de muy buena voluntad los posaderos, al saber que eran dos de los valientes soldados que con tanta gloria habían hecho la última campaña.

Las habitaciones no eran muchas en la posada, y en cada una de ellas, cuando la concurrencia era numerosa, era preciso acomodar seis ó siete ó más personas, que como eran por lo regular arrieros, traficantes, soldados y contrabandistas, gente toda avezada á trabajos más rudos y á pasar muchas noches con la nieve hasta las rodillas, no murmuraban una sola queja, y se daban por muy satisfechos cuando podían pasar la noche bajo techado, aunque estuvieran apiñados ni más ni menos que sardinas en banasta.

La concurrencia era aquella noche en la posada de lo más escogido y muy numerosa, y Juan y Andrés fueron recibidos con ese entusiasmo y ese respeto que inspira siempre el que se presenta con el prestigio del valor ó de la virtud, ó de alguna gran cualidad de esas que no todos tienen en el mundo. Allí había algún que otro trajinante, que aun llevaba en el cinto un par de onzas para gastárselas con los dos valientes, y Juan y Andrés tuvieron que aceptar poco menos que á la fuerza una espléndida cena que les ofrecieron aquellas buenas gentes con la mejor buena voluntad, y que con mejor voluntad todavía confeccionó la posadera, — que era una mujerona fuerte como un castillo, aunque, según malas lenguas, no era su fuerte la fortaleza, y que aun conservaba su alma en su almario, y se alegraba y se entusiasmaba con sólo ver un soldado, como le sucedía en los buenos tiempos de su juventud, antes por supuesto de casarse con su marido, que ni había sido soldado, ni en sus días las había visto más gordas que su mujer que lo era de tomo y lomo, — y cuya cena consistía en un barreño de arroz con tropezones de jamón, dos á manera de conejos guisados, con mucha pimienta y clavo, cual convenía á gente de pelo en pecho, que en su vida había tenido tos ni alifafe de ningún género, una docena de truchas, pescadas por el posadero, que para pescar se pintaba solo, y unos cuantos cuartillos de lo tinto, que contribuyeron poderosamente á animar la reunión.

Y después de cenar, no faltó quien, tomando la guitarra entonase alguna de nuestras canciones populares, tan ingeniosas y filosóficas, y la posadera, y la moza de la posada, y otras tres mozas que á Madrid se dirigían, encargadas al ordinario del pueblo, sin licencia del ordinario deseosas de encontrar en la Corte colocación conforme con sus méritos y buenas prendas físicas y morales, bailaron también luciendo el donaire que Dios les había dado, y haciendo mayor la expansión y alegría que reinaban bajo el ahumado techo de la posada.

Andrés era el único que, sombrío y alelado, miraba como un idiota aquellos rostros alegres, y aquellas graciosas posturas, y oía indiferente aquellas canciones y aquellos dichos y aquellos sonidos melancólicos que una mano experta sacaba de las cuerdas de la guitarra.

A las doce de la noche, el posadero, que era un hombre de orden, aunque posadero, y que no quería ruidos en su casa, y que siendo animal de costumbre, tenía la de dormirse siempre á la misma hora, dió punto á la fiesta, y mandó á cada mochuelo á su olivo, siendo así que el único mochuelo que allí había era él mismo, y cogiendo por un brazo á la posadera se la llevó en uso de su derecho, encerrando también á las tres mozas en una que él llamaba habitación, y no era otra cosa que el depósito de la paja que él tenía para su gasto.

IX

Y media hora después, el mayor silencio reinaba en la posada, y huéspedes y posaderos dormían el sueño, si no de los justos, de los cansados; dormían todos, menos Andrés que no podía dormir.

Hablábale el demonio, y este enemigo del hombre sabe hacerse oír, y desvela á los que quiere perder, ó mejor dicho ganar para el infierno.

Otra vez volvían á bullir en el cerebro de Andrés los más ruines pensamientos.

— Ya estamos cerca de nuestro pueblo, se decía, mañana abrazará Juan á Teresa, y pasado mañana dispondrán la boda, y yo me moriré de rabia y desesperación... Todos duermen... Si yo me atreviera... y como somos muchos tal vez sospecharían de otro... no, no, que si despertara alguno, si Juan diera un grito, me matarían...

Abismado en sus reflexiones, que ya sabe el lector que no eran nada buenas, quedó algunos momentos, y de pronto, como si hubiera tomado una resolución, se incorporó, limpió el sudor que le

bañaba el rostro, y de puntillas, procurando no hacer ruido, y guiado por la trémula luz de un candil que colgado había dejado el posadero de un garfío en el techo, se acercó á una ventana que daba al camino, y que como lo noche era en extremo apacible, y cerrada la ventana hubieran podido muy bien amanecer asfixiadas las personas que dormían en aquel estrecho tugurio, había quedado solamente entornada, la abrió, miró al camino y después de dudar algunos momentos, saltó por ella y echó á andar.

Andrés era muy cobarde; la noche, y mucho más después de las apariciones de la anterior, le infundía extraordinario pavor; pero el demonio, que acababa de inspirarle otro mal pensamiento, le daba en aquellos momentos valor para arriesgarse á recorrer de noche el camino.

— Llegaré antes que él, decía, veré á Teresa, y le diré que Juan ha muerto; no... que Juan la ha olvidado, que Juan no va, y se volverá loca ó se morirá de pena, que tanto y más es lo que le quiere... Y si no, le diré que Juan me envía á buscarla, que quiere verla antes que nadie, y ella, es claro, se vendrá conmigo, y entonces... Corramos...

Y volviendo instintivamente la cabeza, vió que le seguía aquella misma sombra de la noche anterior y llegó á su oído como el sonido de un eco lejano esta frase «¡Hijo mío!» pero triste, dolorosa y angustiosa.

Andrés se detuvo, y la sombra siguió avanzando... y entonces Andrés corrió, voló por aquel camino huyendo de aquel aterrador fantasma, que le seguía corriendo, volando como él.

Ya no podía más; rendido de fatiga, empapado en sudor, llegóse á beber á un arroyo, y al ir á coger el agua en la gorra, retrocedió espantado al ver en el agua la misma sombra, y al oír otra vez aquel desconsolador: «¡Hijo mío!»

Volvió á correr, volvió á volar loco y desesperado, y la sombra siempre tras él.

Ya no le era posible luchar con la fatiga, y cayó sobre una piedra en un estado que hubiera dado compasión al hombre mas empedernido.

A su lado en otra piedra estaba el fantasma y de cuando en cuando con doloroso acento le decía: «¡Hijo mío!»

— ¿Quién eres, fantasma maldito...? exclamó Andrés en el colmo de la desesperación.

— ¡Hijo mío! le contestó el fantasma.

Volvióse Andrés, como si hubiese oído una voz que no le era desconocida, pero el fantasma ya no estaba allí.

Comenzaba á amanecer, y la luz del día tranquilizó el espíritu de Andrés, si podía haber tranquilidad para su espíritu.

Púsose en pie, echó á andar, pero podía andar con mucha dificultad; cuanto más quería correr tanto más se negaban sus piernas á satisfacerle.

Andrés se desesperaba, porque si seguía andando con aquel paso, Juan le alcanzaría seguramente.

Quiso andar más, quiso correr, y corrió, haciendo grandes esfuerzos, y sufriendo horribles dolores, y por fin llegó á divisar el campanario de su pueblo, y respiró, y pareció reanimarse y cobrar fuerzas al pensar que podría ejecutar pronto su villano intento.

Y ya iba á llegar á la entrada del pueblo, cuando sintió que le tocaban en el hombro, volvióse, y sintió en el rostro como una bofetada sacudida con una mano de hierro, y oyó una voz terrible y amenazadora que le gritó: — «¡Hijo mío!» y al mismo tiempo el toque de ánimas.

Andrés estuvo á punto de perder el conocimiento, sintió que todo su cuerpo se abrasaba, pero el demonio le sostuvo y le arrastró al pueblo.

Cuatro ó cinco niños que le hallaron, le miraron el rostro, y echaron á correr espantados.

Y más allá, sentada á la entrada del pueblo estaba Teresa, bella como un ángel, esperando á Juan, acompañada del padre de éste, y más allá todos los vecinos del pueblo, vestidos de fiesta, esperaban también al soldado.

Andrés, viendo á Teresa, corrió á ella, abrió la boca para decir: «Juan no viene, Juan ha muerto», pero en vano lo quiso decir.

Por más esfuerzos que hizo, no pudo articular palabra...

Al mismo tiempo, Teresa daba un grito de horror y todos los que se acercaban y veían á Andrés lo repetían y retrocedían horrorizados.

Teresa se había desmayado.

Andrés miraba atónito á sus amigos, á sus vecinos que le señalaban al rostro y se mantenían á regular distancia.

De repente sonó otro grito, pero no de espanto, sino de satisfacción inmensa.

Juan llegaba.

Juan vio á Andrés y también se pintó en su rostro el espanto.

Andrés tenía perfectamente señalados en la mejilla derecha los cinco dedos de una mano.

X

Juan se casó con Teresa.

Andrés no volvió á hablar más y perdió la razón.

Aquella horrible mano impresa en su rostro no desapareció nunca.

Muchas veces le preguntaban de quién era aquella mano, y él por señas, elevando los ojos al cielo, y señalando á su casa, y cerrando después los ojos é inclinando la cabeza sobre la palma de la mano derecha, parecía querer dar á entender que era la mano de un muerto.

Sólo al cura del pueblo, que era un santo y un sabio, refirió Juan lo que había podido comprender del mal instinto y de los malos deseos de Andrés, y las palabras que le oyó en el delirio, mientras estuvo herido, y los indicios que tenía para creer que había tratado de asesinarle algunas veces.

Y el cura decía á todos los curiosos del pueblo: — Esa es la mano de su madre. — Dios permite á las madres buenas, que dejan hijos en el mundo, que velen por ellos y les impidan cometer ninguna acción villana. — Andrés no era bueno, y su madre le ha castigado y le ha impedido que haga mal uso de la inteligencia.

Andrés no reconoció nunca á Juan ni á Teresa.

Vivió muchos años mantenido por la caridad de sus vecinos, y cuentan que el día que lo enterraron, mientras estaban cavando la fosa donde iba á esperar la resurrección de la carne, vió el sacristán, que era un bendito, acercarse á una viejecita que ni sabe por donde entró ni por donde se fué, que, inclinándose sobre el muerto, le puso la descarnada mano en la marmórea mejilla, y le dió un beso diciendo: «¡Hijo mío!»

Y cuando bajaron el cuerpo de Andrés á la fosa, ya no se le veía en la mejilla derecha la señal de la mano horrible.

CARLOS FRONTAURA.

DEL CULTO DE LAS IMÁGENES



Se comprende que siendo como es el hombre tan apegado á todo lo corporal y sensible, haya de sentir tan grande dificultad para poder elevar su ánimo á la contemplación serena de las cosas espirituales; por eso la Iglesia, y antes que ella la Sinagoga, ó mejor dicho el mismo Dios, quiso que hiciéramos escala de estos objetos visibles que están al alcance de nuestros sentidos, á los invisibles y sobrenaturales. Pero los protestantes, sumergidos como topos en las lóbregas densidades de la tierra, no perciben los encantadores matices de la luz, para poder remontarse de lo material y terreno á lo que trasciende á los dominios del espíritu, y está por consiguiente fuera del alcance de su brazo.

Detúvose cierto día aquel insigne pintor de la antigüedad, llamado Nicostrato, delante de un bellissimo retrato de Elena, dibujado por Zeusis, y á su vista quedó tan embelesado y lleno de admiración, que por largo rato quedó como si fuera una estatua, embargados los sentidos y sin soltar apenas la respiración. Llegó en esto un aldeano tosco é ignorante, y chocándole los extremos que Nicostrato hacía delante de aquella muda imagen, con grosera libertad se adelantó á hablarle de este modo: «¿Eres tú, Nicostrato, aquel hombre tan alabado de discreto y entendido? ¿Y qué más harías si vieras á la misma Elena? Pero, ¿qué hay aquí que tanto te admira?» El pintor entonces, volviéndose al rústico entre compasivo y desdeñoso, le contestó: «Este no es cuadro para lechuzas; sácate esos ojos y yo te prestaré los míos, y con ellos sabrás lo que yo admiro y tú no entiendes; que si tú vieras lo que veo yo, nada me preguntarías.»

¡Oh Dios excelso! ¡Con cuánta mayor razón que Nicostrato podemos nosotros los católicos decir otro tanto á los ofuscados secuaces de Lutero y sus corifeos! Dejad infelices miopes esos ojos de carne, y tomad los que la Iglesia católica os ofrece alumbrados con los purísimos esmaltés de la fe, y entonces veréis lo que al presente no podéis distinguir.

Dicen algunos que en los primeros tiempos de la Iglesia no estaban en uso las imágenes. Cierto; pero, ¿sabe el discreto lector por qué? No precisamente porque se juzgase ilícita semejante práctica, sino porque la disciplina de aquella época en que con tanto esfuerzo se peleaba contra las estatuas y las imágenes de los falsos númenes, así lo exigía de los

cristianos para tenerlos alejados de la idolatría; proponiéndose al par de esto el no poner obstáculos que, en algún modo, pudieran dificultar la reducción de los gentiles.

¡Que no estaban en uso las imágenes al principio de la Iglesia! Si á eso vamos, tampoco lo estaban allá en los tiempos más remotos del Antiguo Testamento. ¿Y por qué? Porque Dios lo había prohibido á Moisés cuando le mandó conducir al pueblo de Israel á la tierra de promisión habitada por gentes que adoraban al sol, á la luna, á las estrellas, á los volátiles, cuadrúpedos, serpientes y hasta á los mismos demonios; mas después que el peligro cesó, tanto Moisés en el Tabernáculo, como Salomón en el templo, pusieron imágenes; el templo sobre todo estaba como quien dice cuajado de ellas.

¿No es bien sabido de todos que el Arca del Testamento, no siendo más que una señal de la majestad y presencia de la divinidad, en manera alguna permitía el Señor que el pueblo la viese descubierta, ni aun siquiera que los levitas la tocasen con las manos desnudas? Claramente consta en el primero de los Reyes (VI, 19), el castigo que ejecutó Dios con los Betsamitas porque se atrevieron á mirar el Arca descubierta, y no es menos manifiesta la muerte repentina que sufrió Oza (II Reg. VI, 7), por haber extendido la mano sobre ella. Pues si tan grande veneración quería Dios que se diese al Arca, que no era más que un tipo y signo de la divinidad, ¿cómo no ha de querer que se veneren las sagradas imágenes, que son formales expresiones de sus prototipos?

Los días festivos, como ordenados y dedicados á Dios, quería Su Majestad que fuesen cuidadosamente guardados y tenidos en veneración (Éxod. XII, 16). La tierra por la presencia de Dios que hablaba en la zarza (Ibid. III, 5) era santa, y quería el Señor que fuese respetada de Moisés. No permitía que en el Sancta Sanctorum entrasen otros que Aarón y sus hijos, y esto sólo una vez en el año (Núm. IV, 5). Pues si tan rigurosos preceptos había tratándose de cosas que estaban simplemente ordenadas al servicio de Dios, ¿qué justicia no se hará con los que se niegan á venerar la Cruz bañada con la sangre de Jesucristo, los instrumentos de su Pasión, así como sus imágenes y las de sus Santos? Mandó el Omnipotente que su nombre sea venerado, y que no se jure vanamente por él (Éxod. XX, 7); que sea alabado y bendito (Ps. CXII, 2, 3); que al nombre de Jesús se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los abismos (Philip. II, 10), y eso que el nombre no es otra cosa que un signo; ¿qué respeto, pues, qué veneración no deberemos dar á las sagradas imágenes?

Verdad es que en el capítulo XX del Éxodo se prohíben las estatuas é imágenes; pero, *distingue tempora, et concordabis jura*; este precepto fue impuesto á los hebreos á causa de su propensión á la idolatría, y en ocasión en que el Señor quería conducirlos á la tierra de Canaán, poblada también de ídolos, lo mismo que el Egipto de donde salían. Mas luego que Dios hubo preservado á aquel pueblo de la idolatría, él mismo ordenó á Moisés que fabricase el Tabernáculo, en el que quiso ser adorado, juntamente con las imágenes que en el mismo mandó poner. «Harás, le dijo á Moisés, dos querubines de oro trabajados á martillo, de la una y de la otra parte del oráculo.» (Éxod. XXV, 18).

¡Hola! ¿Pues no nos decían los ministros del nuevo culto que la prohibición duraba hasta el día de hoy? Aquí, por el contrario, vemos rehabilitada la primitiva y natural costumbre de exponer y dar veneración á las imágenes. ¿Y la serpiente de bronce que Moisés levantó en el desierto de orden de Dios para que todos aquellos que la mirasen con confianza fuesen curados de las venenosas picaduras de las serpientes (Núm. XXI, 8, 9), qué otra cosa era más que una figura y representación de Jesucristo, el cual levantado en una cruz había de curar los pecados ó sea las venenosas mordeduras de la serpiente infernal á todos aquellos que la mirasen con viva fe? Así lo dijo el Salvador aplicándose á sí mismo esta figura (Joan. III, 14).

A esto podemos añadir que á Ezequiel le fué mostrado en visión la figura de un templo lleno de imágenes entalladas y de relieve, de querubines, de hombres, de leones y de palmas, como se lee en el capítulo XLI del libro de sus profecías. Por eso Salomón, tomando la idea de Ezequiel por tipo de la obra del templo, puso en todas sus paredes muchos querubines y otras diversas figuras de tan primoroso relieve, que parecían saltar de la pared, y precipitarse en raudal vuelo á la vaga región del aire: *quasi prominentes de pariete, et egredientes* (III Reg. VI, 29).

No vale, pues, el decir que Dios prohibió las imágenes, puesto que, pasado el mayor peligro de la prevaricación del pueblo de Israel, el mismo Dios levantó de hecho la prohibición. Y así en el capítu-

lo VIII del libro de Josué, vemos que este gran caudillo estuvo postrado desde la mañana á la tarde delante del Arca en unión con los ancianos del pueblo, mostrándose el Señor muy complacido de esta veneración. También David con todo Israel danzaba delante de aquella misma Arca y la festejaba cuanto podía tocando instrumentos, todo lo cual hacemos los católicos arrodillándonos, y postrándonos en la presencia de las imágenes de Jesucristo, las de su Inmaculada Madre y las de los otros Santos, y haciéndoles objeto de una especie de ovación cuando las conducimos procesionalmente en hombros, al compás de los instrumentos músicos, entre los cánticos del clero y el continuo repique de las campanas.

Sin embargo de lo que llevamos dicho, la herética obstinación no amaina su fiereza, antes volviendo sobre el mismo argumento, pretende argüirnos que adoramos los simulacros ó por lo menos á los Santos á quienes aquellos representan, siendo así que el culto de adoración no se debe más que á sólo Dios.

No confundirse, señores. Aunque con un mismo nombre de adoración expresa el sagrado texto el culto que tributamos al Criador y á la criatura, el uno y el otro de entrambos cultos difieren esencialmente *ab intus*, ó sea en la intención y sentimiento interior. A Dios le tributamos el culto de adoración suprema, como á principio y fin de todas las cosas, y á la Madre de Dios, á los ángeles y á los Santos, sólo se entiende que les rendimos el obsequio y veneración que por diversos títulos se les debe. Por eso cuando Abraham adoró á los hijos de Heth (Génesis XXIII, 7, 12), y Lot á los ángeles (Ibid. XIX, 1), y Jacob á Esaú (Ibid. XXXIII, 3), no confundimos esta adoración con la que Abraham, Moisés, David y el pueblo de Dios dieron al Señor (Ibid. XXIV, 26; Éxod. XXX, 10); media una diferencia inmensa entre una y otra de aquellas adoraciones.

Las sagradas páginas canonizan el uno y el otro de aquellos cultos; el absoluto que es debido á sólo Dios, y el relativo que se da á los Santos y á sus reliquias, así como también á los reyes y otros personajes de la tierra.

La malicia protestante se ofende de ver que los católicos veneramos las imágenes, y doblamos las rodillas ante ellas, invocando, no á aquellas obras maestras del arte, como lo hacían los más que necios paganos, sino á los ciudadanos celestiales que las mismas obras representan. Pues bueno; si la Escritura no se extraña de lo que nosotros hacemos, ¿cómo se extraña el hombre? Seguramente que aquel divino libro hubiese anatematizado á los Patriarcas que se prosternaban delante del Arca, y hasta en la presencia de otros hombres, como anatematizó al pueblo cuando adoró el becerro de oro, si los dichos Patriarcas hubieran tenido la intención de dar á aquellas criaturas el culto supremo de adoración; pero no lo hizo, antes bien lo aprobó, porque aquellos varones santos sabían distinguir como nosotros entre el Criador y las obras de sus manos.

Y si del Antiguo Testamento pasamos al Nuevo, veremos entre otros á Tertuliano, el cual nos da á conocer la costumbre de su tiempo de representar en los cálices á Jesucristo bajo la figura del Buen Pastor (De Pudicitia, c. 10). Y Eusebio refiere haber visto por sí mismo la estatua erigida al Salvador, por aquella mujer á quien había curado del flujo de sangre, al mismo tiempo que habla de otras imágenes de Jesucristo y de los Apóstoles San Pedro y San Pablo, también vistas por el mismo historiador. (Euseb. lib. VII, c. 18; lib. V, c. 21).

El Protestantismo, que tanto horror tiene á las imágenes de los Santos, expone, sin embargo, á la pública veneración las imágenes ó retratos de sus príncipes. Al frente del libro de los cánticos de la iglesia oficial de Prusia van las fotografías del Rey y de la Reina. En Hannover, en la iglesia de la guarnición, se ve hoy puesta sobre el púlpito el águila de Prusia, como para representar al Espíritu Santo. Los calvinistas de Bielefeld (Westfalia) han colocado en el coro de su iglesia, por lo demás completamente desnuda, los retratos del Gran Elector de Brandeburgo y de su esposa.

A nadie, pues, repetimos, debe extrañar que en los primeros siglos de la Iglesia no estuviesen en uso las imágenes. Tratábase de reducir á los hebreos que tenían ciertas reminiscencias de prohibición; y se aspiraba á la vez á la conversión de los gentiles esparcidos por toda la haz de la tierra; pues por no escandalizar á los primeros y por no poner á los segundos en peligro de idolatrar, los apóstoles y sus inmediatos sucesores juzgaron prudente el no pensar por entonces en la exposición de las imágenes.

FR. JOSÉ COLL.

EL ARTE RELIGIOSO

(Continuación.)

D. LOPE DE LANDA, joven pintor catalán, á quien se deben diez cuadros de los Apóstoles y Evangelistas, pintados en 1882 para la nueva iglesia de Caldetas.

D. MARIANO LANTADA GUERRA, pintor y escultor, natural de Lantadilla (Palencia), y discípulo de D. Federico de Madrazo y de las clases de la Escuela superior de Madrid, donde obtuvo en 1878 y 1880 dos premios. En la Exposición Nacional de 1881 presentó el *Proyecto de un retablo con el dogma de la Inmaculada Concepción*. En la anterior había expuesto un *Interior de la iglesia de su pueblo*. Es autor asimismo de *La intercesión por la Santa Misa*, pintado para Santillana de Campóo. En Roma, donde reside, ha copiado los frescos de Potesti representando *La declaración dogmática de la Inmaculada Concepción*. Al tratar de los escultores habremos de citar de nuevo á este artista.

D. ROBERTO LAPLaza y MUNCIG, nació en Bilbao en 1842, y fué su primer maestro en Madrid don Carlos Mugica. Ingresó después como alumno en la Escuela especial de Bellas Artes, en cuyos concursos obtuvo diferentes premios y medallas. En la Exposición Nacional de 1866 presentó: *Las santas mujeres en el sepulcro del Señor, Muerte de Sisara*, y otro asunto profano. Expuso también en los concursos de 1876 y 1881 y en algunos particulares; en el último presentó un *Ecce-Homo orlado de flores*, adquirido por S. M. la Reina. Sus últimos trabajos han sido para la restauración de la iglesia de San Francisco el Grande, siendo suyas las composiciones de las vidrieras de la iglesia que representan *La Presentación de la Virgen en el templo, La Anunciación y la Visita á Santa Isabel*; como también las del coro representando *Los cuatro Evangelistas, San Pedro y San Pablo*.

D. MANUEL LAREDO y ORDÓÑEZ, calígrafo y dibujante, natural de Amurrio, provincia de Alava. Expuso un trabajo á pluma en la Exposición Nacional de Bellas Artes celebrada en Madrid en 1864. Es autor de varias obras en este género, figurando entre ellas *Jesús en el huerto de las olivas*. Son también del Sr. Laredo: dos *Vistas de la Catedral de Barcelona, Capilla de Santa Marta en Alcalá de Henares* y un *Retrato de León X*, que presentó en 1882 en la Exposición de la Sociedad denominada «La Acuarela».

D. ANGEL LASSO DE LA VEGA y ARGÜELLES, literato y pintor, natural de San Fernando, provincia de Cádiz. Empezó sus estudios de Bellas Artes bajo la dirección de D. Tomás Díaz Valdés, con quien aprendió el dibujo y pintura. Ha hecho gran número de copias de Murillo, Rubens, Sasso Ferrato y otros maestros, entre ellas *La Encarnación* y un *San Juan*, del primero, y *La Crucifixión*, del segundo, que presentó en una de las últimas Exposiciones de la Academia; *La Degollación del Bautista, San Francisco de Paula, Una Dolorosa, La cena de Emaus, La Virgen del Sueño, San José, San Antonio, Una Sacra Familia y Jesús Niño disputando con los Doctores*. Algunas obras profanas originales ha ejecutado el señor Lasso, que prefiere á la pintura las bellas letras, donde consigue envidiables y legítimos triunfos.

D. JUAN LASSO DE LA VEGA y ARGÜELLES, hermano del anterior y natural de Cádiz. Bajo la dirección del Sr. Díaz Valdés se inició en el arte pictórico. Ha ejecutado varias copias de grandes maestros, figurando algunas en las Exposiciones de la Academia de San Fernando. Entre ellas deben citarse: *Una Adoración de los Reyes, El Niño Jesús, El Niño Jesús con los atributos de la Pasión, La Trinidad, La Natividad de la Virgen, La venida del Espíritu Santo al Cenáculo, Ecce-Homo, San José y La Santa Faz*.

D. ANTONIO MARIA DE LECUONA, natural de Azpeitia, donde vió la luz en 1830. Presentó en la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1856 una *Vista de la colegiata de Loyola*.

D. RAMÓN LEGRANDE, natural de Santiago. En la Exposición celebrada en aquella ciudad en 1875 presentó en tinta china un retrato de *Pío IX* y otro de *Fray Rafael de Vélez, Arzobispo que fué de Santiago*; al óleo *Una Dolorosa*.

D. MANUEL DE LEMA y ROZONS, pintor de Sevilla. En la Exposición Universal de París de 1878 presentó una *Virgen del Carmen*.

D. IGNACIO DE LEÓN y ESCOSURA, pintor contemporáneo, natural de Oviedo, discípulo de la Academia de Bellas Artes de la Coruña. Estudió posteriormente con notorio aprovechamiento en Madrid y París. En 1864 hizo oposición para la pensión de Roma, siendo el asunto elegido por el tribunal *La resurrección de la hija de Jairo*, y, aunque su cuadro no obtuvo el premio, mereció los elogios de la crítica.

Dicho artista, cuyas obras han sido adquiridas con gran aprecio en el extranjero, se halla condecorado con las encomiendas de Carlos III y de Isabel la Católica.

D. EDUARDO LEVEQUE. En la Exposición celebrada en Vitoria en 1867 presentó una *Concepción*, al temple.

D. ANGEL LIZCANO, nació en Alcázar de San Juan en 24 de Noviembre de 1846 y estudió en la Escuela superior de Pintura. En 1869 fue pensionado por el Marqués de Bedmar para completar su educación artística, y pintó para el mismo: *Procesión de Semana Santa en el pueblo de Camuñas*. Otra de sus obras es un *Estudio de la catedral de Burgos*.

D. FRANCISCO LLACER y BOLDERMAN, natural de Valencia, en cuya Academia de Bellas Artes alcanzó varios premios siendo aun muy joven. En el Museo Provincial de la citada población existen dos lienzos de su mano que representan á *Judith entrando en Betulia la cabeza de Holofernes* y *El Salvador y el paralítico*. También son de su pincel los lunetos de la iglesia parroquial de San Salvador, y varias pinturas en la capilla de Nuestra Señora de los Desamparados, en la misma ciudad.

D. JUAN LLACER y VIANA, Académico supernumerario por la pintura de la Academia de San Carlos de Valencia. Es autor del cuadro de *Nuestra Señora de los Dolores*, existente en la capilla del cementerio de Denia.

D. LUIS LLANOS. Es autor de *El Viático*, cuadro expuesto en uno de los concursos particulares del Sr. Hernández.

D. EDUARDO LLORENS, natural y vecino de Barcelona, discípulo de la Escuela de Bellas Artes de aquella capital, y posteriormente de la de París. En la Exposición de Bellas Artes que tuvo efecto en Madrid en 1854 presentó dos cuadros: *La procesión del Corpus en Cataluña* y *Judith*.

D. DOMINGO LLORENS DE CERVENA. En 1867, en la Exposición regional de Valencia, fué premiado su cuadro *La Caridad* con una medalla de plata.

D. N. LLORENS y RIU es autor de un *Interior de la Catedral* de Barcelona.

D. JOSÉ LLOVERA, natural de Réus. Una de sus varias y muy elogiadas obras representa el *Interior de una iglesia*.

D. JOSÉ LLURIA y GIRALT. En la Exposición de Bellas Artes, iniciada por la Junta de Comercio de Barcelona en 1803, figuró, entre otros trabajos de este aficionado, *La Purísima Concepción*, copia de este al lápiz.

D. MIGUEL LÓPEZ ACUÑA, discípulo de la Escuela de Bellas Artes de Sevilla. En 1861 regaló á la comisión encargada de levantar un monumento á Murillo un lienzo suyo, representando á *Santa Gertrudis*.

D. JOSÉ LÓPEZ ENGUIANOS. Nació este notable artista en Valencia en el año de 1760, obteniendo á los veintitún años en la Academia de San Fernando el premio primero de la segunda clase, y tres años más tarde el segundo de la primera. Llegó á ser pintor de Cámara y murió en Madrid en 1812. Es autor de una *Sacra Familia*, existente en la Academia de San Fernando.

D. SEVERINO LÓPEZ REARÁN, pintor jerezano. En la Exposición celebrada en Cádiz en 1858 presentó: *Raquel, Moisés recibiendo á su familia y Santa Bárbara acusada por su padre*. Alcanzó medalla de plata.

D. RICARDO LÓPEZ REQUENÍ, natural de Valencia, discípulo de las Academias de Bellas Artes de dicha ciudad y Madrid respectivamente. Es autor de un cuadro representando á *Jesucristo en la Cruz*, que alcanzó grandes elogios de la prensa valenciana.

D. JOSÉ LÓPEZ SAGREDO. En 1872 pintó para la Academia de la Juventud Católica de Madrid un cuadro de *La Purísima Concepción*.

D. AGAPITO LÓPEZ SAN ROMÁN, nombrado Académico de mérito de la de San Fernando en 5 de Julio de 1835. En dicho año presentó en la Exposición de Madrid *Saúl arrojando la lanza á David*. Murió en Valladolid en 1873.

DOÑA ROMANA LÓPEZ SAN ROMÁN, pintora, nombrada Académica de mérito de la de San Fernando en 19 de Junio de 1825. En dicha corporación se conserva una miniatura suya, representando á *La Virgen con el Niño Dios en los brazos*.

D. LUIS LÓPEZ CARDONA, pintor sobre vidrio, natural de Madrid y discípulo de la Academia de San Fernando. En el Conservatorio de Artes subsisten varias muestras de sus trabajos. En la Exposición de Bellas Artes de 1858 presentó una vidriera de colores representando á *San Zacarías*, y otra, *La Adoración de los Reyes*, imitando las del siglo XIII. Obtuvo mención honorífica.

D. EDUARDO LÓPEZ DE PLANO, natural de Caspe, discípulo del Sr. Montañés y de la Academia de

San Fernando, en cuyos estudios alcanzó diferentes premios. En la Exposición de Bellas Artes, celebrada en Madrid en 1862, presentó á *Adán y Eva arrojados del Paraíso*.

D. BERNARDO LÓPEZ PIQUER, pintor de historia, nació en Valencia en 1800, el día 20 de Agosto, fué discípulo de su padre D. Vicente y de la Academia de San Fernando. Recibió este artista, entre otros honores, el de ser maestro de Doña Isabel II y de varios individuos de la familia real. Sus obras religiosas son: un *San Pedro Apóstol*, el *Nacimiento*, trabajando para Palacio en 1860, y *La Anunciación de Nuestra Señora*, para una iglesia de Orihuela. Murió en 1.º de Agosto de 1874.

D. LUIS LÓPEZ PIQUER, nació en 1802 en la ciudad de Valencia y fué hijo del célebre pintor de cámara D. Vicente López, á cuyo lado aprendió las primeras nociones de su difícil arte. Sus felices disposiciones se manifestaron especialmente por la corrección del dibujo. La primera obra que recordamos de su pincel es el lienzo de *San Pedro y el paralítico*, que estuvo expuesto en la Academia de San Fernando el año 1821, contando 19 años su autor; lienzo que mereció unánimes elogios. Sus obras religiosas son: *La Presentación de Nuestra Señora*, que está en Aranjuez, en la iglesia de San Antonio; *El martirio de San Esteban*, pintado en 1828; *San José, San Pedro libertado de la cárcel por un ángel* y *La caída de Luzbel*, cuadro de grandes dimensiones, expuesto en el Certamen de 1852 y colocado durante algún tiempo en la capilla de Palacio. Recibió merecidas y numerosas distinciones, y pasó á mejor vida en 5 de Junio de 1865.

D. VICENTE LÓPEZ y PORTAÑA. Este notable artista es juzgado por algunos como el moderno jefe de la escuela valenciana. Nació en Valencia en 19 de Septiembre de 1772, siendo descendiente de una familia dedicada á las artes, cuyas tradiciones debía conservar y enaltecer. Importantísimos fueron los destinos que su mérito le conquistó. El Palacio y las Academias le abrieron sus puertas, mereciendo singulares deferencias de los Reyes Don Carlos IV y Don Fernando VII. Infinitas fueron las obras de López, así al óleo como al temple y sus dibujos para grabar. Pintó al fresco las bóvedas 17 y 19 del Palacio de Oriente. En la primera se descubre en un trono de nubes la *Religión Católica*, y otras alegorías que no son de este lugar; en la segunda representó á *Carlos III adorando á la Virgen*. Es autor también de las bóvedas del altar mayor de la iglesia de San Esteban de Valencia. Sus principales trabajos religiosos, al óleo, son: *Un Ecce-Homo, Tobias, El Rey Egenias ostentando sus tesoros á los legados del Rey de Babilonia, el Buen Pastor, La Virgen de las Mercedes, redención de cautivos*. Todas estas obras se conservan en el Museo provincial de Valencia. *Nacimiento de San Vicente Ferrer*, en el oratorio de la casa de aquel Santo en Valencia. *San Antonio Abad*, en la catedral de la misma población. *Santo Tomás de Villanueva*, en la capilla de la Casa de Misericordia y *San Antonio de Padua*, en el oratorio de San Felipe Neri de la misma población. *San Agustín contemplando el misterio de la Trinidad* y *San Rufo Obispo predicando*, obras reputadas por las mejores de López y existentes en la catedral de Tortosa. *San Francisco de Paula, La Virgen de los Desamparados acogiendo á varios pobres*, presentado en la Exposición del año 1838 y que se conserva en Carabanchel. *Una Concepción*, existente en el Museo provincial de Valladolid. *Aparición de Nuestro Señor Jesucristo á Santo Tomás, y momento en que éste toca las llagas á su Maestro*, lienzo de grandes dimensiones y uno de los últimos que pintó López para la parroquia de Santo Tomás en Toledo. *San Pedro Apóstol*, en la parroquia de aquella advocación en Ciudad Real, y otras muchas obras que se conservan en Roma, París y Madrid en poder de particulares y en las iglesias de El Grao, Silla, Cocentaina, Burjasot, Benifayó, Chiva, Peñaguila, Gorja, Alcoy, Requena, Vall de Uxó y otros pueblos. Entre sus infinitos dibujos, los mejores que hizo para grabar fueron un *San Rafael, La Santísima Trinidad, La Virgen del Carmen, Jesús Nazareno, Una Dolorosa, El Corazón de Jesús, Nuestra Señora de la Fuente Santa, San Valentín, Santa Engracia, Bautismo de Cristo, Santa Filomena y Nuestra Señora de la Fuencisla*. Falleció en 22 de Junio de 1850, á los 78 años de edad, habiendo trabajado hasta poco antes de su muerte con igual entusiasmo que en su juventud.

D. CLAUDIO LORENZALE, natural de Barcelona, y discípulo de su Escuela de Bellas Artes, en cuyos estudios llegó á ser Director. En Roma estudió á los grandes maestros y al regresar á España fué nombrado Académico de mérito de la de Nobles Artes de San Fernando. Sus obras religiosas son: *San Francisco de Asís, Santa Teresa de Jesús, Una Concepción con la Santísima Trinidad y Coro de ángeles*,

San Antonio de Padua, éstas figuraron en la Exposición de Barcelona de 1847; *San Pablo, Un San José y El Salvador del mundo con la Sagrada Hostia*, para la iglesia de Santa María del Pino de Barcelona. También es suyo el *Descenso de la Santísima Virgen*, dibujo para grabar.

D. ISIDORO LOZANO, natural de Logroño y discípulo de D. Federico Madrazo y de las clases dependientes de la Academia de San Fernando. En 1852 obtuvo del Gobierno la pensión que varios opositores pretendían, y pasó á cultivar sus brillantes aptitudes pictóricas á la capital del orbe católico. En la Exposición de 1849 se dió á conocer ventajosamente con su *Santa Isabel dando limosna á los pobres*, cuadro de bien meditado asunto y excelente color, y en la de 1858 presentó á *San Pablo sorprendido por Nerón en el momento de convertir á Sabina Poppa*, cuadro que mereció segundo premio y figura en el Museo Nacional. Consagrado posteriormente á la pintura decorativa, debióse á su pincel el techo de la capilla del palacio del Duque de Sexto (hoy derruido). También en la techumbre del Monte de Piedad de Madrid ha dado gallarda muestra de su valer el Sr. Lozano, en las alegorías religiosas que, mezcladas á otras, ornan aquel recinto. Su cuadro más reciente es *Una Virgen de la Almudena*, para la cripta de la nueva catedral de Madrid.

Merecen especial elogio sus dibujos para restaurar las vidrieras de la catedral de León, que fueron aprobadas con el aplauso más completo por la Academia de San Fernando.

D. EUGENIO LUCAS, nació en Madrid en 1824 y estudió en la Academia de Nobles Artes de San Fernando. Débense á este malogrado artista *La Asunción de la Virgen*, que se conserva en Jaén, según noticias; *Un exorcismo* y *La Comunión*. Murió en Madrid el 11 de Septiembre de 1870.

D. FRANCISCO LUCINI, nació en Reggio en 29 de Agosto de 1799. Aunque cultivó la pintura escenográfica, tiene conquistado aquí su lugar por haber concurrido á la Exposición pública que se celebró el año 1837 con un *Interior de las dominicas de Barcelona*. Residió en España y falleció el 12 de Febrero de 1846.

D. EUSEBIO LUCINI Y BIDERMAN, hijo y discípulo del anterior, cultivó su género, y fué autor del magnífico transparente estrenado en 1857 en la iglesia de San Antonio de los Portugueses para las funciones de Semana Santa. Murió en Madrid en 29 de Noviembre de 1881.

D. MANUEL LUQUE, natural de Cádiz. En la Exposición celebrada en 1879 en aquella capital presentó una copia del *Descendimiento*, de Ribera y otra del *San Francisco*, de Zurbarán. En dicha Exposición presentó asimismo varios asuntos profanos, y obtuvo mención honorífica.

M. DE A.

(Se continuará.)

JUBILEO SACERDOTAL DE SU SANTIDAD LEÓN XIII

INVITACIÓN AL PUEBLO SEVILLANO HECHA POR LA JUNTA DIOCESANA DEL DINERO DE SAN PEDRO Y JUBILEO SACERDOTAL DE LEÓN XIII.

Desde que se inició el pensamiento de festejar el quincuagésimo aniversario de la ordenación sacerdotal de Nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII ha sido grande el entusiasmo con que todos los buenos católicos han significado su adhesión, preparándose para hacer en su día una manifestación solemne de su amor al Romano Pontífice y del sumo interés que les inspira la angustiosa situación del Vicario de Cristo. La Comisión promovedora de estas fiestas constituida en Bolonia, se dirigió en 1885 á todas las Diócesis del Orbe católico proponiendo las obras siguientes para celebrar tan fausto acontecimiento. — 1.^a Una santa Liga de oraciones para implorar de Dios Nuestro Señor el triunfo de la Iglesia y la conservación del Sumo Pontífice reinante. — 2.^a Una exposición de productos del arte y de la industria católicas, reservando la parte principal á los objetos relativos al culto. — 3.^a La limosna de la Misa que Su Santidad ha de celebrar en el día del citado aniversario, que se compondrá de las ofrendas, por pequeñas que sean, de todos los católicos del mundo. — 4.^a Una peregrinación al sepulcro de los Apóstoles San Pedro y San Pablo.

Llegado el momento oportuno de excitar la fe y la piedad de los católicos de la Diócesis Hispalense para cooperar á tan laudable empresa, nuestro Emmo. Prelado acaba de dirigir su palabra siempre autorizada y respetabilísima á todos sus diocesanos en una sentida Carta Pastoral; en ella apela á los

nobilísimos sentimientos cristianos de los hijos de esta insigne Metrópoli é invoca los poderosos títulos que abonan al Augusto Pontífice para merecer rigurosa justicia los recursos eficacísimos de sus limosnas y oraciones, estableciendo, además, una Junta con el fin de excogitar y poner en práctica los medios más aptos para promover una colecta extraordinaria en favor de su Santidad y facilitar la adquisición y remesa de objetos con destino á la Exposición Vaticana.

Los que suscriben, honrados por su Eminencia Rvma. con el título de individuos de la referida Junta Diocesana, han entendido que nada será tan eficaz para realizar los deseos de nuestro ilustre Prelado, en lo que se refiere á recoger las ofrendas de los habitantes de Sevilla, como una cuestación á domicilio, distribuyéndose en secciones con este objeto todos los miembros de la Junta para recorrer las feligresías acompañados de los respectivos señores Párrocos, como lo harán dentro de pocos días, pidiendo una limosna para el Vicario de Cristo.

Abriremos la confianza de que nuestros trabajos, dada la notoria religiosidad del pueblo sevillano, han de ser coronados con el éxito más lisonjero. No nos dirigimos á ninguna clase determinada, sino á todas en general, porque á todas apacienta igualmente con su palabra y con su autoridad el augusto sucesor de Pedro y porque á todas incumbe la obligación de proveer, en la medida de sus fuerzas, á las necesidades temporales de nuestro Padre común. Con la misma satisfacción recibiremos la espléndida ofrenda del magnate que el humilde óbolo del pobre artesano, no viendo otra cosa en la categoría de las limosnas que el efecto natural de la desigualdad de fortuna, estimando unas y otras como la sincera expresión de un mismo sentimiento en todos los donantes.

Siendo uno de los medios propuestos por la Comisión promovedora antes mencionada el celebrar en el Vaticano una Exposición del arte é industria de los católicos, ha acordado esta Junta Diocesana designar una Comisión de varios individuos de su seno, cuya misión ha de ser estimular á los artistas y demás personas que deseen tomar parte en dicha Exposición, como también fomentar y facilitar en las asociaciones y personas piadosas el envío de regalos á Su Santidad, imprimiendo á los esfuerzos de todos una dirección común.

Dicha Comisión la componen los señores siguientes:

Sr. Canónigo Lectoral.
Excmo. Sr. D. José Escalera.
Sr. D. Manuel Conradi.
Sr. D. Carlos Serra.
Sr. D. José Morón.
Sr. D. Francisco González Alvarez.
Sr. D. Juan M. Maestro.

Sevillanos: mostremos con nuestra conducta que sabemos apreciar en su inmenso valor los beneficios que en el orden espiritual y temporal ha prodigado al mundo la altísima institución que el Papa representa. No olvidemos, sobre todo, que se trata del gran León XIII, cuyo nombre es la mejor esperanza para todos los amantes del bienestar moral y material de los pueblos, porque nadie ha señalado con tanta precisión el origen de las desgracias de nuestro siglo, ni ha trazado tan magistralmente su remedio como el actual Pontífice en sus admirables encíclicas, que son entre el rudo batallar de las ideas y el estruendo de las pasiones desencadenadas, el glorioso monumento levantado á la causa de la verdad y de la justicia para enseñanza de los humildes y admiración de los sabios.

Sevilla 15 de Febrero de 1887. — (Siguen las firmas).

EL OBISPO DE CUENCA AL CLERO Y FIELES DE LA DIÓCESIS

En nuestra exhortación de 7 de Diciembre último decíamos que los católicos de todo el orbe, impulsados por un mismo sentimiento, animados de un mismo deseo, alentados por la misma fe y llenos de religioso entusiasmo, se disponían á dar público y solemne testimonio de su amor y veneración al Romano Pontífice, celebrando con extraordinarias demostraciones de júbilo las *Bodas de Oro* del inmortal León XIII.

Ahora bien, hermanos é hijos carísimos: ¿Permaneceremos indiferentes y sin tomar parte en esa grandiosa manifestación? Nos limitaremos á contemplar y admirar ese movimiento asombroso? ¡Imposible! ¿Qué se diría si tal hiciéramos? ¿Qué juicio se formaría de nosotros? Hay, pues, que demostrar con obras que también pertenecemos, por dicha nuestra, á la gran familia cristiana; que amamos, veneramos y respetamos, como el que más, al Vicario

de Jesucristo; que lamentamos y sentimos sus tribulaciones y hacemos nuestras sus alegrías.

A propósito de tribulaciones, creemos oportuno recordaros las injurias, calumnias, amenazas, desmanes y atropellos de que, en las circunstancias actuales, es víctima nuestro Padre común el Soberano Pontífice: Oid sus palabras:

«Lo que Nos contrista más vivamente, decía el 24 de Diciembre próximo pasado en su Alocución al Colegio de Cardenales, es la guerra, cada día más violenta, que se hace contra la Iglesia católica y contra la divina institución del Pontificado. Nós deploramos amargamente, como es justo, todo lo que se emprende en su detrimento, en el seno mismo de otras naciones católicas, y Nós no omitimos nada de lo que el deber apostólico Nos impone para defender y poner á salvo en todas partes los derechos de Dios y de la Iglesia. Pero Nós experimentamos mayor pena y aflicción por lo que sucede en Italia y en Roma, centro del Catolicismo y Silla privilegiada del Vicario de Jesucristo, aquí, donde los ataques enemigos son tanto más graves, cuanto que vienen á herir más directamente al poder supremo, al que están estrechamente unidos el bien, la vida y la acción social de la Iglesia en el mundo. Y estos motivos que Nós hemos tenido siempre para dolernos amargamente, se han acrecentado desde hace algún tiempo más allá de toda ponderación, y ellos revelan más que nunca que designios, velados por inventados pretextos y vanos distingos, se ocultan contra la Iglesia. Sus institutos más benéficos, sus doctrinas, sus ministros, sus derechos, nada ha sido respetado; se amenaza con dictar nuevas leyes que, según lo que de ellas dice el rumor público, tienden á extinguir los escasos recursos cuya posesión se ha dejado aún en propiedad á la Iglesia, mientras que se trata de favorecer la ingerencia de los laicos en las cosas eclesiásticas con todos los efectos desastrosos que de ello se derivan siempre. Se aguzan todas las armas contra la enseñanza y la educación cristiana de la juventud, y, según las aspiraciones de las sectas, se quiere, hoy más que nunca, que la educación no se base en los principios católicos; hasta la reclaman abiertamente anticatólica. Son también un efecto de hostilidad creciente esas medidas odiosas, adoptadas recientemente contra pobres é inofensivos religiosos, dignas de toda compasión, á las cuales se arrebató la compañía y la ayuda de personas queridas que habían libremente escogido vivir con ellas en sus modestos retiros.

«Pero los asaltos más furiosos, los odios más implacables de las sectas y de los que las secundan se han dirigido con preferencia contra el Soberano Pontífice, piedra fundamental sobre la cual reposa el sublime edificio de la Iglesia. Baste decir que se ha osado denunciarle públicamente como el enemigo de Italia en todos los tiempos, y designarle con tales nombres de oprobio y de desprecio, que la lengua tiene horror á repetirlos.

«Después de esto, ¿qué tiene de extraño el que en las reuniones populares, en los comicios públicos, en la prensa, se hayan lanzado contra el Papa los ultrajes más viles y las injurias más indignas?

«¿A quién ha de admirar que, una vez atizados de este modo los odios, se hayan cometido en diversas poblaciones de Italia horribles afrontas contra la dignidad pontificia? Y viniendo á los más feroces designios, ¿qué tiene de extraño que se haya amenazado entregarse contra Nós y contra Nuestra morada pacífica á las últimas violencias? Y lo peor es que tales manifestaciones de odio y de furor contra la más benéfica institución que ha existido jamás para ventaja común del mundo, y muy particularmente de Italia, han podido realizarse libremente sin que haya hecho, quienquiera que sea, nada eficaz, para impedirlos.»

Así habla el Vicario de Jesucristo; así pone á la vista de todos la verdadera situación del supremo Pontificado. Situación violentísima, estado de cosas insostenible é insoportable, contra el cual protestan las leyes divinas y humanas, el honor, la buena política, el interés social, la conciencia y el derecho de los católicos de todo el mundo.

Y cuando la tempestad ruge con furia; cuando la situación de nuestro Padre amantísimo es tan crítica, triste y apurada, ¿nos mostraremos indiferentes á sus dolores? ¿No procuraremos consolar al atribulado Pontífice que pasa la vida haciendo bien, y, en medio de la persecución que sufre, prepara con sus escritos admirables el mejoramiento moral y social de los hombres, restaura el estudio de las ciencias y promueve con éxito la obra verdaderamente civilizadora y eminentemente benéfica de las misiones en los países de infieles?

¡Ah! No seremos ingratos; no obraremos así. Le consolaremos como buenos hijos, y nunca podrá decirse que olvidamos á nuestro amoroso Padre y le volvemos la espalda en el día de la tribulación;

haremos en obsequio suyo cuanto podamos, y en sus *Bodas de Oro* ofreceremos á sus pies el humilde y respetuoso homenaje de nuestra veneración y cariño filial.

Pero es preciso que, con voluntad decidida, se aunen los esfuerzos de todos para que el resultado corresponda á nuestros deseos y el éxito corone nuestra obra. Las bases principales de esta asombrosa manifestación, de esta fiesta solemnísimas de la gran familia católica, son cuatro: 1.^a Alianza de oraciones. 2.^a Limosnas para el Papa. 3.^a Ofrendas á Su Santidad de objetos de arte cristiano, de culto, vasos sagrados y ornamentos para repartir entre las misiones é iglesias pobres de la cristiandad. Y 4.^a Peregrinación á los sepulcros de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo en la época señalada por el Papa.

A fin de regularizar y dar impulso á los trabajos y para todo cuanto se relacione con el Jubileo Sacerdotal ó *Bodas de Oro* de nuestro Santísimo Padre León XIII, hemos nombrado en esta capital una respetable Junta diocesana, y se nombrarán otras auxiliares. En los demás pueblos de la diócesis se formarán por los Sres. Curas una ó más Juntas parroquiales, según el número de vecinos, dando cuenta á nuestra Secretaría de Cámara de haberlo verificado y enviando al propio tiempo relación nominal de los individuos que componen las Juntas.

Réstanos advertir que sólo se trata de celebrar, como verdaderos católicos, el quincuagésimo aniversario de la primera Misa de nuestro Padre común, del Pontífice inmortal León XIII, que con tanta sabiduría, acierto y gloria rige los destinos de la Iglesia. Se trata de demostrarle que, en sus alegrías, con Él nos alegramos; en sus dolores y amarguras, con Él sufrimos, y, en su pobreza, queremos remediarle, partiendo con Él nuestro pan.

Venerables hermanos é hijos carísimos: demos testimonio, ahora como siempre, de nuestra fe viva y de nuestra ardiente caridad. Demostremos con obras que no apostataremos ni, con la gracia de Dios, apostataremos nunca de las benditas creencias heredadas de nuestros mayores.

Cuenca, fiesta del glorioso San Julian, á 28 de Enero de 1887. — † JUAN MARÍA, Obispo de Cuenca.

Junta Diocesana.

Presidente, M. I. Sr. Licdo. D. José A. de Rojas, Deán.

Vicepresidente, M. I. Sr. Dr. D. Gregorio Auñón, Chantre.

Vocales, I. Sr. D. Vicente Herraiz, Canónigo.

Idem, I. Sr. D. Fr. Eusebio Contreras, Canónigo.

Idem, I. Sr. Dr. D. Francisco Peñalver, Penitenciario.

Idem, Sr. D. Manuel Rubio, Beneficiado.

Idem, Sr. D. Manuel Ballesteros, Beneficiado.

Idem, Sr. D. Martín Vicente Moya, Párroco de Santiago.

Idem, Sr. D. Santos Torre Navarro, Vicario de San Andrés.

Idem, Sr. D. Antonio Antón Peral, Catedrático del Seminario.

Idem, Sr. D. Julián M. Poyatos, Prepósito de San Felipe.

Idem, Sr. D. Cirilo de la Peña, Capellán del convento de Religiosas Justinianas.

Idem, Sr. D. Ignacio Junquitu, Capellán del hospital de Santiago.

Secretario, Sr. D. Joaquín Jiménez, Presbítero.

España se dispone á dar elocuente testimonio de su acendrada piedad y de su veneración hacia el Sumo Pontífice, con motivo del Jubileo Sacerdotal de León XIII. No serán las damas madrileñas las que menos orgullosas deberán estar de los éxitos que viene obteniendo sus generosa iniciativa.

Se aproxima á 20.000 duros ya la cantidad reunida por la Junta de señoras, y esta suma aumentará mucho todavía en breve tiempo.

Será, pues, espléndido el donativo que los fieles madrileños ofrecerán al Santo Padre. Esto sin contar los valiosos objetos de arte y del culto que se reunirán, á juzgar por las noticias que se tienen.

Con el título de *Exposición Vaticana ilustrada* va á publicarse en Roma un periódico redactado en italiano, francés, alemán, español é inglés. Notables escritores y artistas tomarán parte en el mismo.

NECROLOGÍA

Recientemente han fallecido:

En Tudela (Navarra) el Presbítero D. Mamerto Sainz.

En Manresa el Rvdo. P. Antonio Babra, de la Compañía de Jesús.

En Jerez de la Frontera D. José Eladio García Santaella, Canónigo Doctoral de aquella iglesia colegial.

En San Gervasio de Cassolas el Rvdo. P. D. Luis de Cerveró y de Moxó, monje benedictino que fué de Montserrat.

En Tudela el Presbítero y elocuente orador Don Feliciano Navarro.

En Coscollano (Huesca) el Cura párroco D. Francisco Jaqués.

NOTICIAS

La alocución dirigida por S. S. León XIII á los Cardenales recientemente creados y de la que dimos ligerísimo extracto en nuestro último número fué la siguiente:

«Nós deseamos contestar con algunas palabras al noble y afectuoso mensaje que Nos habéis presentado, queridos hijos, en vuestro nombre y en nombre de aquellos de vuestros colegas que en el último Consistorio hemos elevado á la dignidad de la púrpura.

«La creación de los nuevos Cardenales es sin duda uno de los actos solemnes y más importantes que se han realizado por la Silla apostólica.

«En efecto, los Cardenales de la Santa Iglesia, elevados al rango más alto y más eminente de la jerarquía eclesiástica, forman esta Asamblea augusta y autorizada, á la cual está confiada la resolución de los asuntos más graves de la Iglesia católica. Cada uno de ellos tiene su nombre especial en relación con sus atribuciones, como los diversos miembros de un mismo cuerpo, con objeto de cumplir una consigna muy noble é importante, y por consiguiente, deben utilizar sus trabajos en provecho común: los unos las luces de su talento y de su doctrina, los otros los frutos de una larga experiencia adquirida en el manejo de los asuntos públicos y de las cosas privadas, tanto eclesiásticas como civiles todos en fin como fieles auxiliares y hábiles consejeros del Soberano Pontífice que concurren unánime y concordadamente á ayudarle en el gobierno de la Iglesia universal.

«Profundamente afligido con la pérdida reciente de varios é ilustres miembros del Sacro-Colegio, y sintiendo vivamente la necesidad de suplir lo mejor posible estas pérdidas, Nós hemos fijado nuestra vista en vuestras personas y en otras que con vosotros han sido agregados á nuestro Senado. Nós tenemos la confianza de que todos vosotros con un corazón sinceramente afecto, y con un celo que está á la altura de la dignidad acrecentada, corresponderéis á los compromisos que habéis contraído y á nuestros deseos.

«Esta confianza está plenamente justificada por el conocimiento que Nós tenemos de las cualidades eminentes que os distinguen, y de los largos y señalados servicios prestados á la Iglesia.

«Con la mayor satisfacción también Nós colocamos sobre vuestra cabeza la birreta, una de las insignias de la dignidad cardenalicia, y dicha insignia os recordará, queridos hijos, las bellas palabras rituales que Nós decimos á cada uno de vosotros: *quod usque ad sanguinis effusionem... pro exaltatione sanctae fidei... te intrepidum exhibere debeas.*

«E implorando á este fin sobre vosotros la plenitud de las gracias celestiales, os añadimos para confortaros la bendición apostólica que Nós concedemos con efusión y de todo corazón á vosotros, queridos hijos, á vuestros colegas y á todos los que están aquí presentes.»

El día 25 del pasado mes tuvo que lamentar Valencia un atropello, resultado natural de la impunidad en que se han dejado los que repetidas veces atropellaron á los fieles en el ejercicio del Rosario matutino.

La procesión del Rosario se celebraba en la iglesia de las religiosas de Santa Catalina de Sena, y en el patio del convento. Cuando comenzó la procesión no había nadie en las puertas; pero al poco rato se presentó un grupo en la de la plaza de las Barcas, y comenzó á insultar á los devotos; á los insultos siguieron pedradas y petardos. Se cerraron las puertas; pero por cima de las tapias caía una lluvia de piedras sobre la procesión, y varias dieron al Crucifijo que iba al frente de ella.

Al ver esto, uno de los devotos salió á la puerta, y puesto de rodillas, con el rosario en la mano, pidió á la turba alborotada que no apedrease á Cristo crucificado; que antes que eso, lo sacrificasen á él.

Varios de los del grupo se abalanzaron sobre el devoto; quisieron quitarle el rosario, resistióse el

agredido y sonaron tres tiros y cayó á tierra bañado en sangre D. Fernando Navarro, pues este era el nombre de aquel defensor de la religión.

Conducido á la Casa de socorro, se vió que tenía una herida producida por bala de revólver en el costado derecho.

Dos de los agresores fueron detenidos.

El Jueves Santo, á las dos de la tarde, predicará el sermón de *Mandato* en la Iglesia Catedral de Madrid el Beneficiado de la misma D. Manuel Belda y Belda. A las ocho de la noche el Sr. Magistral dirá el sermón de *Pasión*, así como el de *Soledad* á las ocho de la noche del Viernes Santo. El de *Resurrección* se halla á cargo del Dr. D. Bernardo Sánchez Casanueva, Canónigo de nuestra Santa Iglesia Catedral.

En Villafranca (Barcelona) ha quedado establecida una casa de Hermanas, dedicadas á la vela y cuidado de enfermos, que con el nombre de San José tienen su casa-matriz en Gerona. El Sr. Obispo de Vich, y el clero y vecindario de Villafranca han costeado por suscripción los gastos originados por dicha casa, de la cual han tomado posesión la superiora Doña Isabel de Moranges y ocho Hermanas.

El Domingo 20 de Marzo, al mediodía, tuvo lugar la inauguración del Asilo para sirvientes que se acaba de establecer en Barcelona para albergar á las muchachas que se dedican al servicio doméstico cuando han sido despedidas de las casas en que han servido ó cuando llegan á Barcelona en busca de colocación. El Asilo, bajo la advocación del Sagrado Corazón de Jesús, está situado al extremo de la calle de Gerona, esquina á la calle de Cervantes de Gracia. Precede al edificio un patio cercado por una verja de hierro. En el remate de la fachada se halla pintado el nombre del establecimiento y en el piso bajo hay un modesto oratorio donde se venera una imagen del Sagrado Corazón de Jesús. Celebróse en este oratorio una misa en la que se distribuyó la Sagrada Comunión á las señoras que forman la Junta fundadora de dicho Asilo, y en el comedor se sirvió una abundante comida á doce pobres.

BANCO DE ESPAÑA

Habiéndose recibido de la Dirección general de la Deuda pública los talones de los resguardos, hasta el núm. 1.986, expedidos por aquel Centro, en representación de cupones de Deuda perpetua al 4 por 100 interior, vencimiento de 1.^o de Abril próximo, presentados en aquella Dirección, los portadores de los citados resguardos pueden presentarlos al cobro en las Cajas de este Banco en la forma siguiente:

1. ^o Abril 1887	—	Resguardos núms.	1 á	490
2 id.	»	Idem	»	401 » 800
4 id.	»	Idem	»	801 » 1.200
5 id.	»	Idem	»	1.201 » 1.600
6 id.	»	Idem	»	1.601 » 1.800
9 id.	»	Idem	»	1.801 » 1.986

En los días sucesivos se pueden presentar al cobro en las mismas Cajas, sin previo anuncio, los citados resguardos, cuya numeración exceda de la última señalada, que serán satisfechos en el acto, siempre que el Banco haya recibido de la Dirección general de la Deuda los talones correspondientes.

Madrid 30 de Marzo de 1887. — *El Secretario general*, JUAN DE MORALES Y SERRANO.

ARTICULOS RELIGIOSOS

25, Preciados, 25

(Frente á la Plaza del Callao)

ESTATUAS RELIGIOSAS

OBJETOS DE ARTE

Especialidad en adornos y recuerdos para cementerios, muy principalmente en coronas fúnebres, todo procedente de las primeras fábricas de París y Viena.

25, Preciados, 25, Madrid.

